

AMERICA

Nos. 15 y 16



Valor \$ 0,50

ACABA DE APARECER
EL PRIMER
Diccionario de la Lengua Española
por la REAL ACADEMIA

Edición notablemente corregida y notablemente aumentada.
Con más de 9.000 palabras y acepciones nuevas castellanas,
1.984 americanismos y 1.586 provincialismos. En total,
unos 13.000 vocablos nuevos.

Renueva la redacción de los artículos
Hace innovaciones ortográficas importantes
Modifica etimologías

No hay otro diccionario de nuestro idioma tan rico, autorizado
y moderno como el que ahora presenta la Real Academia.
Por su carácter oficial anula a todos los anteriores
y por sus innovaciones sino lo posee está expuesto
a los más graves errores.

Doble tamaño que las ediciones anteriores

Un volumen encuadernado en pasta española con lomos
dorados y en rústica.

Pida el folleto especial que se remite gratis en su librería
o en la de **Gándido Briz Sánchez**, de Quito.

ESPASA-CALPE S. A.
Ríos Rosas, Apartado 547
Madrid-España

AMERICA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

de Literatura, Ciencias y Artes

~::~~::~~
Dirección:

Alfredo Martínez
Guillermo Bustamante
Hernán Dallares Zaldumbide

~::~~::~~
Director Artístico:

Nicolás Delgado

~::~~::~~
Administrador:

Ezequiel Abad Guerra



Augusto Arias

Año II

Literatura,
Ciencias y Artes

AMÉRICA

REVISTA MENSUAL
ILUSTRADA

Nos. 15 y 16

Enero y Febrero
Quito-Ecuador-1927

Un Libro Apológico y la Prensa Nacional

Fragmentos de algunos juicios acerca de EN ELOGIO DE AMBATO, libro de Augusto Arias R.

.... A AUGUSTO ARIAS se le lee con gusto y vaya una declaración: su prosa es correcta y quisiéramos que en prosa nos regale muchos libros, muchísimos. No puede ser más espontánea ni más justa al recorrer en la serie de ingenios que con Montalvo a la cabeza ha producido Ambato. Bien ha hecho el señor Arias en ofrendar a sus padres, hijos del benemérito solar ambateño el libro que venimos comentando a grandes rasgos, pero en líneas de sinceridad y portadoras de una felicitación al laborioso, delicado y legible Augusto Arias Robalino. Nosotros, periodistas y enemigos de la pretensión y la vesania poéticas es este el mejor elogio que podemos tributar al joven autor del libro "En Elogio de Ambato", diciendo se le lee ¡bendita sea la emoción producida por la buena literatura! Sus producciones son el fruto de un corazón y de una mente sanos, capaces, por tanto, de ir a las manos de la doncella más cuidada y más pura, junto con el ramo de flores destinado a perfumar su estancia de virgen y sus caros ensueños de mujer a la que sonríen juventud y amor.

(De «El Porvenir», Quito, N° 1.761, de 23 de Noviembre de 1926)

.... ARIAS en posesión de un revoloteante espíritu de comentarista, realiza lo que instituyó seguramente al iniciar sus diáfanas tareas observadoras sobre la tierra fragante de Juan Montalvo: presentar un panorama viviente de la clásica ciudad ecuatoriana, de su alma indeclinable, de sus mujeres magníficas y de sus hombres. Llano, de una llaneza fácil, espontánea y vencedora, el elogio que es el retoño fresco de la encina familiar de sus antecesores, describe con agilidad imaginaria y sobriedad conceptualista, algo que es casi suyo, esa Ambato próspera y tantas veces libertaria que es un pabellón flamígero de nuestra nacionalidad, de nuestra cultura y de nuestra tumultuosa belleza artística.

(De «El Día», Quito, N° 4.110, de 24 de Noviembre de 1926)

.... EL SEÑOR ARIAS R., es poeta. Uno de los mejores de la moderna generación. No tiene más de veintitrés años y ya en 1921 había publicado un cuaderno de versos y figuraba en esa selecta y reducida Antología que formó "Vida Intelectual", revista estudiantil de Quito. La precocidad es uno de los rasgos de los verdaderos poetas.

Pasada la influencia impetuosa de Arturo Borja y Ernesto Noboa Camaño se destacó un grupo pequeño —me refiero sólo a los poetas de la Capital— con caracteres personales. Cesó la imitación un tanto forzada y hubo lugar a que el sentimiento propio se abriera paso dentro de las modalidades nuevas, pero con los rasgos íntimos e individuales con que se destaca la propia personalidad. Augusto Arias R. es de ese grupo. Sus rasgos distintivos son la delicadeza, el sentimiento sincero. Su primera colección de versos se llamó expresivamente "Del Sentir". Del sentir sincero debió agregar porque la sinceridad le desligó de la imitación y le dió ese relieve propio que es una suavidad de alma expresada en cadencia armoniosa de voces y de ritmos. Su "Romance de Mariana de Jesús" es la condensación feliz de esas cualidades.

Por las páginas del libro de Augusto Arias R. desfilan cuantos se han distinguido en las letras en el hermoso solar de Ambato. No tenemos ya espacio para diseñar sus siluetas: son tan numerosos. Desde Montalvo, El Magno, gloria americana, no solamente nacional, desde Pedro Fermín Cevallos, el patriarca y decano de esos escritores por la antigüedad, hasta los que entregan al público sus primeros ensayos, la lista es abundante. Y están bien definidos con tres o cuatro rasgos fundamentales o con siluetas exactamente delineadas, según la importancia de esos hombres de letras.

A la crítica literaria se unen en el libro datos históricos, expresiones líricas, crónicas e impresiones, todo relacionado con el solar de sus padres. El conjunto forma en verdad un elogio a Ambato, una ofrenda digna que en su último aniversario —hace un par de días— recibió de hidalgas manos, con los primores de una obra de arte, la tierra fecunda y bella, la madre de novelistas, poetas y pintores, la madre del más grande de los escritores ecuatorianos.

(De «El Comercio», Quito, N.º 7647, día 27 de Noviembre de 1926)

... CIRCULA ya este sugestivo breviario de la prosa diáfana y galante, debido a la ya maestra y consagrada pluma de una de las más bellas inteligencias ecuatorianas, nos referimos a ese admirable Augusto Arias R., espíritu inquisidor y noble que atisba los más bellos horizontes literarios y sabe plasmar, en relieves bronceos, sus frases inefables.

(De «El Cosmopolita», N.º 76, Ambato, Noviembre 28 de 1926)

... Su última producción, "En Elogio de Ambato", escrita en una prosa fácil, amena, lírica e ingenua, salpicada de fervorosos idealismos, saturada de amor a la tierra que fue la cuna de sus mayores y plena de ensoñaciones anecdóticas y tiernas, es un raudal de poesía vertida en un vaso cristalino rebosante de vino embriagador. Este libro se contrae a trazar siluetas y semblanzas de los hombres que han producido, mucho o algo, intelectualmente, en la tierra que tuvo la gloria de ver nacer al Cervantes Ecuatoriano, a Pedro Fermín Cevallos, a Luis A. Martínez, a Juan León Mera, al ciego Vela y a tantos otros ilustres por legítimo derecho. Por ellos comienza y termina con los nuevos, en los iniciados, en los que prometen para el futuro. A la apreciación personal, al trazo de la fisonomía espiritual de todos ellos, se une como en cadencioso sortilegio, la verdadera crítica literaria, el juicio sincero de la consagración. Describe, ciucela y aplaude. Tal el libro hondo y sincero del sincero y dulce poeta Augusto Arias.

HENRY DE ARIEL

(De «El Mercurio», Manta, N.º 405, día 8 de Diciembre de 1926)

El último libro publicado por el poeta Dn. Augusto Arias con el título que encabeza esta nota es en verdad una pleitesía aristocrática a la bella ciudad asentada a la sombra del divino Tungurahua, por cuyas faldas y cármenes floridos vagan patrocinadoras las apariciones de Montalvo; de Mera el inmortal creador de Cumandá y de los Vela, los Monge, los Garcés, etc.; y toda una generación de artistas y hombres útiles a su patria, sin olvidar a los Martínez, geniales en sus interpretaciones y honda amistad con el libro abierto de la gran Naturaleza.

El paisaje ambateño, inexhausto filón de belleza ha inspirado áureas descripciones a la lira mejor que a la pluma de Arias, pues en lugar de historias son poemas en rítmica prosa sus narraciones arrancadas a la Cronografía provincial.

Felicitemos al ya conocido y laureado literato ecuatoriano Sr. Arias y esperamos que no desmayará en la tarea impropia, pero noble y benedictina, de enriquecer las letras ecuatorianas, que han mucho menester de ingenios y humanistas de la actual juventud patria, en medio de la que hay elemento real y efectivo como el que nos ocupa y que ayer no más fuera vernal y lozana promesa.

J. M. ASTUDILLO ORTEGA

(De «La Alianza Obrera», N.º 1.386, Cuenca, 19 de Diciembre de 1926)

... Y LA verdad es que, aunque nuestro amigo no la hubiera expresado, ya la opinión estaba formada en nosotros; opinión que, seguramente coincide con la de muchos lectores que más de una vez admiraron en este joven literato nuestro aparte de las excelencias de una poesía serena y dulce, las riquezas de una prosa nueva, densa de conceptos precisos, de adjetivaciones bellamente audaces y de imágenes que, como aquellas buenas a que se refería Guyau, pueden valer, o valen, decididamente, por un doble poema.

Pues bien: débese a Augusto Arias uno de los elogios más fervidos y uno de los más frescos laureles, por tanto, que la ciudad de Ambato—tierra de grandes—ha podido recibir desde hace muchos años a esta parte.

En Elogio de Ambato—colección de artículos que acaba de aparecer—no es, en efecto, la expresión de un simple culto hacia la fecunda productora de varones selectos, tal como en los entusiasmos de José Enrique Rodó, ni la alabanza sola del paisaje de Arcadia y de sus bellezas perdurables, tal como en todos los que han pasado por aquí y escrito sus emociones. Es, con todo ello, el tributo de fervido cariño, oración dicha con el alma de rodillas en aras de sagrados y queridos recuerdos que se guardan en sitio que, para el romero intelectual, tiene el mismo poder de atracción religiosa que un lugar de la Tierra Santa debe tener para el creyente.

Es que aquí, en Ambato, donde nació y pensó don Juan Montalvo—el padre espiritual de los hombres libres de la patria,— y donde nació y soñó don Juan León Mera—el padre espiritual de una generación de amadores de la Belleza,— encuentra Augusto Arias el noble solar también de sus antecesores. Y es así como en el entusiasmo por la tierra admirable, se confunde además en este libro, el culto por una sagrada memoria. ¿Habrán, pues, otro elogio de Ambato que pueda superar a éste en sinceridad y quizás también, en suma de conocimiento?

Y Augusto Arias, visitante cariñoso y evocador, lo elogia todo aunque sin dejar de advertirnos, a cada paso, que él es, ante todo, un artista. Lo advierte con su fraseología pulida y con la intensidad emotiva que suele poner en sus anotaciones.

OSCAR EFRÉN REYES

(De «Cultura», Ambato, N.º 9, Diciembre de 1926)

En el País de los Sueños

ISABEL

La brisa que anuncia la tarde
del fondo llegó de la selva.
De lo alto del monte,
las chozas contemplo. Es aquella
la choza que tuvo la niña,
la linda morena.

Al mirar la choza,
me viene la dulce tristeza.
El viento que agita las hojas
llorando parece que tiembla:
me trae el perfume ya muerto
de nidos, de surcos y de eras.

Con Ella jugábamos
saltando en la hierba,
la paja nos daba un asilo
de sombra y de siesta.
¡Alba del ensueño,
flor de la inocencia!

Alisos y sauces que cubren
un río que trisca en las piedras,
cipreses, olivos, retamos,
y al fondo la casa de teja,
las paredes blancas
y verdes las puertas,
la torre a lo lejos del pueblo
y el camino cerca.

Isabel, Lechizo
de mi primavera!
El maizal florido
soltando el capullo de seda,
oro de los trigos,
manzanas bermejas,
música de mirlos,
de vacas, de ovejas,
aire perfumado
de las sementeras....
Vuelve ya el encanto
de juegos, de risas, de fiestas!

El chagrito de oro
que la falda llena,
cintillo de flores al pelo
y en la boca frescas,
los pies bien lavados
en la húmeda hierba,

los ojos muy negros,
los dientes de perlas;
es Ella, la amada,
que tuve en la hacienda,
cuando era la dicha sin sombra;
no amor — inocencia,

* * *

—Ay por qué te fuiste,
mi vida, mi encanto, mi pena;
vives, y mintieron
que ya estabas muerta.

—Un instante vengo.
Ven a mí, no temas.
Te traigo en la falda, bien mío,
grano de las eras,
rosas del cercado,
silvestres verbenas.

—Ven sobre el arroyo
que lame las piedras,
el molino hagamos
de rústicas pencas.
Será para el trigo
de tu sementera.

Ya el molino en alto
sus aspas voltea,
Cantando, gritando, riendo,
miramos el agua que juega.

Ya llega la vaca,
la tuya, la negra,
y entrega a tu mano
su ánfora de néctar;
capullos de espuma en el vaso
florecen, los labios entierras
en la espuma y bebes,
y el vaso me entregas:
yo bebo por donde
bebiste, dejando
caricias, dulzura de almíbar,
al borde, do quedan,
con blancor de espuma,
besos de inocencia....

* * *

—Y vamos al pueblo, a la casa,
que la tarde llega.

—¡No sabes que vine un instante,
y es luego mi vuelta?
Habitó el país del ensueño.
No me toques, deja...
No sigas, que soy de otro mundo...
Adiós! La luz llega!

Despierta la aurora en Oriente,
los cielos blanquea,
pinta los cristales
con la luz primera.
rumor se oye leve
de alguien que aletea,
y gimen campanas de duelo:
¡son las de mi aldea!

Y huye de mi lado,
la sigo, le llamo... Se aleja,
va por los maizales,
va por la pradera,
llega al campo santo
y salta sus cercas...
Se pierde en los troncos y ramas
de oscura arboleda,
en un pradecillo
de nardos y lirios de seda,
nido donde anidan
las muertas doncellas...



LAVANDERA

Lavanderita, que lavas
sobre las piedras del río,
¿cuándo acabas
de lavar? ¡No tienes frío,
en esas aguas de nieve,
con la traidora brisa,
cuando llueve
y cuando escarcha o graniza?....

Hoy te entrego unos pañuelos;
lavandera, que los laves.
Con mis lágrimas y duelos,
¡tú no sabes
que ellos manchados están!
Los pañuelos que te entrego,
con mis lágrimas de fuego,
¡qué de cosas te dirán!....

Guarda el uno todo el llanto
de la final despedida,
cuando, una noche de espanto,
¡ay, casi perdí la vida!

Aquel un regalo fue,
que en el ardor de la danza,
al recibirlo—besé
como mi última esperanza.

Y ese otro el que me dejó
a su reja—la señal
de la cita que acabó
en un silencio mortal.

El uno guarda la afrenta
de mi sangre y de su honor...
El corazón me revienta
cuando recuerdo que en venta
puso la niña su amor...

Ese, de bordado lino,
vendó en su mano la herida,
la herida que en el camino
tuvo, en súbita caída.

Aquel lienzo recogí
de la moribunda faz
del ser que eterno creí,
y que a mi amor lo perdí,
para no verlo jamás.

Y el último, el más querido
recuerdo de la emoción
y del terrible alarido
de una tarde, en que partido
sentí y muerto el corazón:
¡ay ese oscuro pañuelo
que empapé,
cuando al cielo
mi santa madre se fue!....

De mis lágrimas y duelos,
mis pañuelos
qué de cosas te dirán...
¡Ay, lavandera, ya sabes
cuando mis pañuelos laves,
por qué manchados están!

Remigio Crespo Toral

Cuenca, Ecuador



Cuentos de la Heredad

LA VISITA

III

IRRADIABA el lago, herido por los postreros reflejos solares. El agua estaba surcada de estelas múltiples por la inusitada actividad de los patos que hundían sus picos sonrosados en busca de deliciosos animalillos.

Con María del Carmen seguíamos silenciosos este ir y venir sin fin de aves sobre el espejo líquido, y contemplábamos cómo se descomponía y recomponía el invertido paisaje de las riberas.

En un rincón de la orilla, con desdén asombradito y aristocrático, dos garzas salvajes, atraídas sin duda por el encanto y la promesa de las aguas quietas, emergían blanquitas. Sus cuellos eran dos interrogaciones abiertas sobre no sé qué misterio. De tarde en tarde, cuando la algarabía de las otras aves era más aguda, levantábanse asustadas y como rompiendo el tenaz ensueño meditativo en que parecían absortas, en un vuelo circular y lento; planeaban, rozando casi la superficie, y volaban a posarse y abrir la eterna interrogación de sus cuellos.

Del camino, cercano al sitio de la orilla en que estábamos, venía un lejano rumor que poco a poco fue acentuándose hasta que se hizo sonoro, cuando por la avenida de eucaliptos que bordeaba el lago, irrumpió una cabalgata a trote largo.

Amigos y amigas de María del Carmen, en excursión y de visita.

Llegaron efusivos, y todos, pasado el abrazo con que les recibieramos, dejaban escapar en tumulto la primera impresión. Venían al cabo de mucho tiempo y el recuerdo que conservaban de estos lugares, se alteró al notar que estaba cambiada su fisonomía. Las frondas del parque, más densas, dábanle ya un aspecto un poco grave; y, sobre todo, *este lago, en donde se aquietan las aguas que antes pasaban preurosas; como si enamoradas del sitio, de las frondas, quisieran un momento captarlo en su seno límpido, antes de volver a emprender la eterna fuga.*

Al imprevisto contacto, todos mostraban su sorpresa. Las cosas se inmovilizan en el recuerdo y cuando las vemos distintas, cuando ya no concuerdan con él, experimentamos un asombro que es acaso la advertencia de que la mutabilidad perenne nos alcanza por igual al mundo externo y a nosotros mismos: los ojos no miran, ciertamente, dos veces el mismo objeto; o cambió éste o cambiaron ya ellos!

María del Carmen insinuaba que siguiéramos hacia la casa. Pero todos preferimos quedarnos y, poco a poco, fuimos ganando los asientos que se protegían bajo el techado pajizo de un kiosko emplazado al límite de una península que se entraba audaz en el lago, y en cuyo centro, un fauno en piedra, desgranaba su risa inagotable.

Desde aquel sitio queríamos contemplar el crepúsculo, ya magnífico en las lejanas cumbres nevadas.

En el amplio semicírculo que formábamos, después de la primera emoción que los llevó a todos hacia las cosas exteriores, hacia los prados, hacia los árboles, hacia el lago, hacia todo lo que habían cambiado estos sitios, volvieron a irradiar cada cual con su luz propia, en su fisonomía inconfundible. Y la conversación perfiló a cada uno, fue diferenciando a todos. Marta que llevaba en sí el rumor, de la vida externa, de los salones, de las fiestas, empezó, apenas sosegada en el asiento, dirigiéndose a María del Carmen:

—Oh, cómo te hemos echado de menos por allí. Imagina que todas las amigas han dado una fiesta. Durante un mes hemos tenido todas las noches. ¡Habías gozado! A ti que te gusta oír conversar con elegancia. El doctor Reiz derrochó en todas partes su ingenio sutil.

Calló y pareció seguir en el recuerdo, detalle por detalle, aquellas noches iluminadas en donde escuché, sin duda como nuevas, viejas cosas eternas. Y calló, sobre todo, porque la distraída atención de los demás le advirtió vagamente que el recuerdo de los detalles de las lejanas

fiestas, no nos interesaban mucho, y preferíamos ignorarlas que no escuchar la descripción de cada vestido y cada persona.

Su juventud esplendía en su máximo punto y se adivinaba que, muy pronto, habrían de estremecerse con los primeros síntomas de la madurez. De sus ojos se desprendían ardientes efluvios suplicatorios.

En tanto, Arturo de Linares, iluso y fervido, atacaba a Laura, una rubia que parecía recoger en sus ojos azules el divino candor de la ignorancia. La fuerza juvenil de Arturo estaba en su perenne olvido y su perenne fervor. "Reverdezo todas las mañanas", decía. En verdad, era como una planta: los nuevos brotes ocultaban, en su continua explosión, las arrugas del tronco, restañadas las heridas, las huellas, por la copiosa savia prolífica. Y sus entusiasmos le cubrían como una fronda que ocultara siempre una realidad dolorosa. Amaba y olvidaba con la constante sabiduría inconstante de la naturaleza.

A los oídos de Laura soltaba capciosas promesas, tentadoras invitaciones a la felicidad.

— Parecidas palabras le he oído a Ud. muchas veces, le dijo, por lo bajo María del Carmen.

Se regresó Arturo, para que no oyera su compañera y repuso, tocada la voz por un dejo de melancolía:

— Para todas, amiga mía, valen las mismas ilusiones, dichas con las mismas palabras. ¿Qué quiere Ud.? hasta en amor somos monótonos.

De pie, un poco distante de nosotros, en la parte más saliente de la península en que estábamos, Juan Manuel, agrandado por la sombra que se cuajaba ya, aspiraba con defecación la brisa y sus ojos recorrían las lejanas cimas, doradas aún.

Fue acercándose y vino haciendo la apología del clima suave, de la tierra que no se desgarró en quebras súbitas, ni irrumpe en cumbres inesperadas.

— Casi siempre, decía, en las alturas en que vivimos el suelo parece poseído de un ardido empeño; cada cumbre quiere ser más grande, cada hoyo más profunda. Aquí se sosiega deliciosamente, se serena y parece invitarnos a imitarle. Y con la tierra se atempera el clima: el sol no quema con vehemencia ni el viento nos trae el hielo de los ventisqueros.

Bebió a grandes sorbos un rubio licor que le ofrecían y al advertir la abstracción de Arturo y Laura, sonrió, entornó los ojos maliciosos y dijo:

— Prescinden de nosotros. Hacen bien.

En amor no existen sino los amantes y todas las cosas para ellos. Apuesto a que Laura cree que el crepúsculo y el lago, que las rutas y las frondas exalan su belleza particular en honor de ella.

Pero Laura se limitó a sonreír, contrariada acaso porque la distraían con vanas divagaciones. En el silencio en que estaba hundida, nutria, de seguro, con los eternos jugos, el eterno sueño.

Cerca de nosotros pasaron los caballos a abrevar en el lago. Un indio mozo — un longo — conducía un alazán mantalbo, halado por el ronzal. Los demás seguían confundidos en una hermandad humilde.

Presurosos y ávidos se enterraron en el agua hasta las cinchas. Pero el alazán, retenido por el mozo, quedó en la orilla, piafante, temblándole los ijares por un relincho. Era el único viril en el grupo de eunucos y hembras. Una de ellas le traía arrebatado, y más fuerte que el cansancio y la sed del reciente viaje, el Don Juan infatigable moría en ansias de amor.

Halaba del ronzal con impetu tal que el mozo hubo de enredar la cuerda en un árbol. Cautivo, impotente, parecía llorar con ronzos relinchos.

María del Carmen alabó las bellas formas.

— Su aspecto — dijo — debe corresponder a sus cualidades. Se le adivina incansable, impetuoso y sin embargo dócil.

— Si, como Ud. lo dice, repuso Juan Manuel; y, luego de un paréntesis, agregó: Entre las muchas cosas que la civilización mata o proscribió está este bello deporte. Pero tal como nosotros lo practicamos alguna vez y lo entendían antes y no a la moda inglesa de los hipódromos. Retenidos en las cuadras, bajo no sé qué regimientos, hoy sólo sirven para salir en los domingos a batirse en velocidad o resistencia en el círculo sin fin de la pista. Ya no sentimos la voluptuosidad de ser los domadores del impetu del animal, e ir por las sendas perdidas que van de la montaña abrupta al valle profundo. Pasemos en automóvil. Vamos más cómodos, pero somos menos varoniles.

— En verdad, el caballo no gusta ya, apoyó María del Carmen. Mas yo, como Ud., en esto y en otras muchas cosas, soy un poco anticuada.

— El anticuado soy yo que voy para viejo, amiga mía. Una mujer bonita puede practicar las más viejas costumbres que estarán siempre a la moda. Es que, en definitiva, la única moda que no cambia es ser mujer bonita. Ellas tienen derecho a todo: pueden restaurar antiguos usos como crearlos nuevos.



Loja.—Vista general de la ciudad

—Usted no tiene piedad para las que no lo somos, dijo Laura.

—La piedad, al tratarse de la belleza, prosiguió Juan Manuel, es un sentimiento hipócrita. Todos parecemos profesarla, pero en el fondo nadie la siente. Cuando a una mujer fea le damos todas las virtudes, la diligencia, la rectitud moral, casi siempre el talento, no le perdonamos el pecado de no ser bonita. La belleza se basta a sí misma y suple todas las deficiencias. Debe pues Ud. estar contenta, Laura.

Era ya la noche. En el lago demoraba un ligero rastro de luz como si emergiera de su seno.

Callamos, y cada cual, como en el cielo que prendía sus primeras luminarias, encendimos la eterna y vana luz de nuestro pensamiento, principio y fin de todo, oscura cárcel de la que nada puede librarnos.

Fuimos a la casa. De los ventanales del salón salió un resplandor que iluminó el sendero, rieló en el lago y pasó a jugar tembloroso, en las distantes frondas del jardín. Era de las bujitas y del fuego de la chimenea.

En la estancia, las lenguas de las llamas amedrentaban las sombras que parecían re-

cogerse en las esquinas y esfumarse luego puerta afuera, hacia el campo negro. Las bujitas, en los antiguos candelabros coloniales que reproducían en relieve, escenas místicas, un poco toscamente, pero que eran de maciza plata, —se consumían a sí mismas, como nuestras vidas.

Tomamos los sillones bajitos, de regazos profundos, y al amor de la lumbre, volvimos a formar un semicírculo.

El salón era señorial y vasto. Se había conservado la antigua amplitud castellana, los grandes ventanales; era una excepción en medio de los modernos chalets medio suizos, medio italianos, que se elevan como temerosos de ocupar espacio.

Los búcaros, los floreros profusos, únicos adornos de las consolas, sostenían inmensos racimos de flores amarillas, pues era la estación florida de los cholanes y María del Carmen amaba el suave color y tenue perfume de estas guirnaldas que se complacía en colocar en todos los cuartos, como las que en el jardín se tejían en todas las frondas.

Juan Manuel desde el asiento atizó el fuego con unas tenacillas, y de la muerte en que empezaba a decaer, se levantó vivaz, crepitante. Fue también como si se atizara a sí mismo:

Dijo:

—Grato aire de tertulia antigua, María del Carmen. Como los españoles somos

nosotros conversadores impenitentes. Pero el Jazz-band ha invadido los salones con el estrépito y la alegría de una música que no encuentra satisfacción sino en un baile interminable.

—Tu dejo de nostalgia, contestó Arturo, — es como todas las nostalgias, un poco falsa. El recuerdo se parece a la luna: transfigura el paisaje. El encanto de la tertulia, vive aún, más intensamente que antes, porque tenemos ahora más que lo que tuvieron los antiguos el hábito de conversar. Lo hacemos en todas partes: en el teatro, en los salones, en las plazas y en los campos. Recuerda que el orgullo castellano les imponían antiguamente un aislamiento severo y se cultivó la misantropía casi como una virtud. Estas mismas haciendas, hoy centros de reunión y abiertas a todos los soplos de la vida, fueron irreductibles castillos en los que sus dueños vivieron en el orgullo de su soledad, rodeados de sus siervos como los señores medioevales. Y no siempre pudieron preservarse de la barbarie que les circundaba. Muchos eran tan ignorantes y salvajes como los siervos a quienes despreciaban.

Pero también hubo nobles excepciones. Las haciendas fueron, en muchos casos, reductos de civilización, campo magnífico en donde se desarrollaron nuestras mejores virtudes y aptitudes. Son soberbias aquellas luchas en que la voluntad de un hombre impone la civilización en el medio hostil y bárbaro. Y estos hombres debían serlo todo: arquitectos para construir sus moradas, agricultores para enseñar las más elementales labores de cultivo. Y esa ruda lucha estaba enaltecida por un noble sentimiento latino de la belleza, que les llevaba a ser, en el orden subjetivo, amplios, comprensivos, generosos; y en el orden material, a ornar sus viviendas y a plasmar en la tierra fantasías de arte, bordando jardines y poblándole de árboles exóticos. Cultores de sí mismos y de la tierra. No es raro que un señor que había enclavado su morada en el seno abrupto de la cordillera, tuviera, junto a la traje para guardar las mieses, una biblioteca en donde hermanaban Shakespeare, Voltaire, Cervantes y el Dante, en sus lenguas nativas. Más que en las ciudades fueron acaso en esas remotas moradas en donde se guardó el espíritu y la civilización europeas.

Pero hubo también otros y éstos fueron los más comunes. Eran los legítimos herederos de la idiosincrasia castellana, cuyas virtudes las extremaron: en ellos la fe, volvióse fanatismo; ascetismo, la sobrie-

dad; el alejamiento, misantropía; derroche la largueza y avaricia la economía.

Y sobre estas virtudes y vicios excesivos, que son el fondo de la raza, el tiempo irá poco a poco limándonos hasta volvernos armónicos.

—Interesante, dijo Laura.—Pero usted evoca lejanos tiempos, generaliza en un pasado ya muy distante.

—No tan distante, como usted cree, pues aún es presente.

—Bueno— y cómo habrán sido—respondió Laura— las mujeres de aquellos tiempos?

—Las compañeras de los bárbaros, de los que fueron y los que son aún, amiga mía, tuvieron y tienen que soportar el desbordamiento de todas las pasiones y de seguro se parecen a ellos; aman, acaso, aquel ímpetu desgobernado y avasallador como signo de superior virilidad. Pero compañera del bárbaro como de aquellos finos espíritus cultores de sí mismos y de la tierra, todas tienen la resignación cristiana en el amor. Aceptan sus vidas humildes, resignadas y calladas, y parecen no conocer el sentimiento de protesta. Fecundas amiga mía como la tierra. Las familias fueron más numerosas mientras más se alejaron en el tiempo: amamantaban las mujeres de aquellos hombres un niño cuando ya iban grávidas de otro.

El calor, demasiado intenso, hizo que nos alejáramos de la chimenea. Nos dispersamos en grupos. La conversación se particularizó.

María del Carmen iba de los unos a los otros. A todos prestábase su sonriente atención, su deliciosa indulgencia que excusaba las más extrañas ideas. Acercándose hasta el rincón del salón en donde estábamos, le dijo a Laura:

—Acaso te parezca la velada un poco triste ¿por qué no propones a Arturo una vuelta por el jardín lleno de luna?

Protestó Laura, tal vez a su pesar, y voluble como una hoja al viento, agregó:

—No puedes imaginar en qué boga están hoy los sombreros pequeños. Por poco no son gorras. Pero qué bien se los ve.

—Como se los veía bien a los grandes cuando estuvieron de moda, dijo Arturo. En esto no hay gustos.

Apenas desviamos con María del Carmen del grupo, furtivas, a media voz, vinieron hasta mí las palabras de Arturo:

—Las modas son precarias. Lo único que lo estará siempre es su pecho glorioso, sus manos, sus

—Es decir toda yo?

—Sí, toda usted.

—No lo crea. Sus ojos me ven hoy así. Para ellos también pasará de moda mañana y entonces otro pecho, otras manos lo estarán para usted.

—No es posible que deje usted de replicar. Todo es precario, lo sé. La única verdad es que hoy la veo a usted admirable. Y ya que cambia cuanto existe y nosotros más que las cosas, es preciso aprovechar del momento. Cree usted en mis palabras, Laura.

Qué lejos, pensé, está el amor de ser una comunión. ¿De qué? De cuerpos alguna vez. Pero la lucha, la resistencia, la oposición es su ley. Los amantes, todos los amantes, acusan a su ídolo de que es precario. Somos furtivos, pasajeros y nos queremos perennes, definitivos. Y así somos todos. Y no hay experiencia que valga, ni razón que nos cambie.

Mientras Arturo se alejó hacia el fuego del hogar, me acerqué a Laura. Inoportuno, le dije:

—No piense Ud. ni en el ayer ya distante ni en el mañana incierto. El amor debe cultivar su pasado, soñar con un porvenir pero deben vivir el presente, y.....

No me dejó concluir. Con presteza, con urgencia, me dijo:

—Si quisiera Arturo se casaría conmigo mañana. Pero él ama sobre todas las cosas, el continuo cambio. Nada le deja rastro. Sabere las ruinas de hoy levanta la ilusión de mañana. Y bien sabe usted que él como nadie está llamado a construir algo definitivo. Su riqueza, su inteligencia.....

Y siguió acumulando razones y construyendo con todo lo que no hacía la felicidad que debía ser. Su instinto práctico lo llevó a excusar, dando la apariencia de indulgencia, los posibles desvíos de Arturo, cuando estén unidos ya por el lazo del matrimonio.

—No, no, no, decía, créame que no seré inflexible. Podrá hacer su vida como hoy la hace.

—¿Es decir, le contesté, que lo esencial no es amar, ni ser amada, sino casarse?

—Como usted quiera, me dijo, visiblemente contrariada, pero creo que cada uno debe pensar como mejor le convenga.

—Sin duda alguna.

Ella se alejó a unirse a otro grupo.

—Empieza a picarle, pensé, el mal de la madurez. Está empeñada en la gran batalla cuya sola victoria es el matrimonio. ¡Felicidad, amor, ilusos sueños, derivaciones secundarias de la sola realidad que importa: tomar estado!

María del Carmen regresó de dar fuera ciertas órdenes y nos pidió que pasáramos a la mesa.

*
*

En el comedor, las bujías ardían, innumerables, en los candelabros, en las colgantes arañas prismáticas que hacían rutilar los reflejos. Y en una perspectiva de lejanía, los espejos centuplicaban las luces y duplicaban las imágenes.

Tomamos asiento en la mesa oval, situada bajo un tragaluz, en forma de torreón, por donde se intercalaba todo el cielo hasta nosotros.

Un gusto al par moderno y rancio armonizábase severamente. Muchas generaciones habían acumulado objetos de arte y convivían allí unos ya abolidos del uso y otros de flamante importación. Pero un aire señorial, ennoblecíalo todo.

Entre porcelanas de Sevres, cristalería de Bohemia o fino baccarat y los jarrones chinos que sostenían los racimos de flores de cholán, a María del Carmen gustábale con manía su suave color y tenue perfume.— emergían grotescas, bastas, algunas vasijas indias y otros objetos de aquella civilización incipiente.

Cuatro largas bronceas hacían el servicio, medio asustadas, solícitas, presurosas de un lado a otro. Llevaban, a la usanza de ellas, braceletes de abalorios tejidos en torno a las muñecas por círculos apretados. Las camisas descotadas y guarnecidas de toscos bordados de color rojo vivo, serviales al mismo tiempo de blusa. Y la falda oscura— el anaco— se sostenía a la cintura por medio de una faja ancha y roja que les modelaba el cuerpo como un corse. Hacia la espalda, la manteleta nivea en donde jugaba la trenza tejida con el pelo y un triple haz de lana. A esta rústica indumentaria, María del Carmen había añadido unas sandalias de cabuya que se sostenían por una cinta roja enlazada a las piernas desnudas.

—Sirven para ocultar los pies grietosos y color de tierra, decía ella.

Juan Manuel contempló las doncellas de servicio y exclamó:

—¡Buenos ejemplares de la raza! Sin embargo, no es posible ocultar su fealdad nativa. Son toscas de facciones, la frente estrecha, casi imperceptible entre la explosión del cabello lacio, hirsuto, protector de un pensamiento tan exiguo como las frentes. Y aquel color, mezcla de rojo y de negro que da este cobrizo.

Tenían las "longas", moviéndose presurosas entre nosotros y el brillar de las luces y el áureo reflejo de la cristalería, algo de exóticas, de extrañas, como las basijas indias de los apatadores en medio de las porcelanas de Sevres.

María del Carmen al escuchar las palabras de Juan Manuel y al verlas, pendientes de sus ojos, atentas al menor movimiento de ella dijo:

—Yo las veo con cariño.

—Lo que no quita la verdad de mis palabras, continuó Juan Manuel. Yo río de aquellos que lloran su suerte, de aquellos seres vencidos. Los conquistadores hicieron bien en matar una civilización rudimentaria, pobre, de ningún valor. Si sólo habría sido vencida por la superioridad de la fuerza, más tarde, hoy, esa civilización habría absorbido la advenediza, la extranjera, la que continuamos nosotros. ¿Pero con qué elementos? El llorarla es tan sólo un fácil motivo sentimental. Lamentaciones, buenas para hoy que vivimos bajo la dormilante paz democrática, hija, sin embargo de la conquista.

—Sobre todo, dijo María del Carmen que los indios, en medio de sus vidas obscuras y tristes, tienen el gran refugio de su ignorancia, de su limitado anhelo. Fuera del amor a la posesión de la tierra, única aspiración a que llegan de una manera u otra, nada desean ni les importa.

—Tienes razón, María del Carmen, contestó. Yo quisiera saber qué piensan de ti estas siervas azoradas que se mueven entre nosotros con la grave tarea de arreglar tu casa, de atender a la incesante necesidad del blanco. De seguro que miran con infinito desprecio todo el aparato superfluo y complicado que constituyen tu casa, tus jardines, las cosas todas que te rodean.

Para su apetito voraz, bástales los granos apenas cocidos ¿pero para qué estos sutiles ingredientes con que se componen tus manjares? ¿para qué estas luces, estos espejos que centuplican vanamente las imágenes? La tierra sirve para dar el fruto que nos sustenta ¿pero a qué llenarla de árboles y lagos inútiles?

¿Y qué dirían si te vieran por dentro?

¿Cómo se explicarían tu eterna necesidad de cambio; el picante deseo de conocer el misterio que te rodea y que más se agranda mientras más parece comprender la inteligencia?

¿Y cuál no sería su risa y su orgullo si alguna vez llegaran a comprender que al fin y al cabo, nosotros con nuestra civilización, y ellas con su ignorancia, somos

iguales: en el civilizado, como en el primitivo, juegan las únicas fuerzas esenciales e inevitables: el instinto, el amor y el dolor y la inteligencia sólo existe para mejor servirles. En el mundo moral, creo que no somos mejores, ni peores y es más ardua y complicada nuestra felicidad; pero en el mundo de la realidad, somos los dominadores, y no habría razón que nos haga dejar de serlo. Aquellos que movidos de piedad, vuelven los ojos hacia la humilde gleba y claman por mejorar su suerte, es a condición de elevarlos hasta nosotros, de hacerlos alcanzar la civilización occidental que heredamos y continuamos, pero nadie piensa devolverles la que se hundió para siempre bajo la bota del conquistador.

El grato aroma del café se difundió con el humo que exhalaban las tazas. Apuramos el negro cordial familiar, y volvimos al salón.

... En el hogar, el fuego moría en un desmayo de oro. A los vivaces y danzantes resplandores de las llamas, había sucedido el suave irradiar de las brasas, y su dulce calor volvió a enardecer la conversación. Las palabras de los unos suscitaban las de los otros y las ideas despertaban las ideas. En grupos, cada cual opinaba o discernía, añoraba o planeaba porvenires.

Pasado algún tiempo, y mientras el campo, muy pronto, debía despertar a la vida con sus ruidos sordos, nos despedimos para ir a entrar en el reparador silencio de cada uno, hasta rendirnos al sueño, "al feliz reposo en que los vivos somos hermanos de los muertos".

Con Juan Manuel fuimos antes a dar un paseo por el jardín. Anduvimos un momento en silencio y luego nos sentamos a la orilla del lago.

Las cosas reposaban aún envueltas en el manto de la noche, pero una brisa, penetrante de frío, anunciadora de la mañana ya inminente, empezaba a barrer las sombras, a disolver la niebla pegada a los flancos de las montañas.

Una india pasó cerca de nosotros llevando un cántaro al hombro.

—¿A dónde vas?—le pregunto Juan Manuel.

—Por agua, mi amo,— y se hundió entre las frondas como un fantasma.

—Vuelve a comenzar,— prosiguió Juan Manuel. Como ayer, hoy, y como hoy, siempre. La vida muere y renace cada

De interés para los Poetas Hispano-americanos

A D. Eduardo de Ory, publicista y director de la revista ilustrada "España y América", que se publica en Cádiz, le ha sido confiada por la "Editorial Ibero-Africano-Americana", la confección de una serie de volúmenes antológicos, en cada uno de los cuales figurarán las mejores composiciones de los más reputados y conocidos poetas de cada país.

Dicho Sr. nos encarga le comuniquemos a los del nuestro, para que le remitan los que deseen figurar en dichos tomos—sus obras y los trabajos más selectos que posean.

Cada citado volumen irá prologado por un eminente escritor de la nación correspondiente.

Los materiales y libros deben ser dirigidos, enseguida, bajo certificado, al Sr. Ory: Alameda de Apodaca, 17 y 18—Cádiz (España).

NOTA.—La Dirección de AMERICA se encarga de remitir los libros o poesías de los escritores nacionales que la envíen con tal objeto.

día, con los mismos actos, las mismas necesidades. Recuerdo que cuando empecé a tomar conciencia de mis primeros deseos, una obscura voz engañosa me decía que superados una vez, no habrían de renacer jamás. Vana esperanza! El reposo no existe, amigo mío. Desde entonces, todos los días me asaltan parecidas necesidades y la inteligencia se ha quedado frente a problemas iguales.

¿No conservas tú en los oídos un confuso rumor de palabras y en el cerebro un relampagueo de ideas? Hemos hablado todos. Hemos desflorado la noche en una conversación tenaz, animada y crepitante como el fuego del hogar en cuyo torno estábamos. Tú como yo, sabemos que para nada sirven esas palabras, impotentes para designar la verdad y que apenas alcanzan a acentuar la diferencia que hay entre todos los seres. Acaso también conviene conmigo en que el amor termina siempre en la más triste filosofía, puesto que no nos da la felicidad.

Sin embargo, ni tú ni yo ni nadie hubremos de dejar de conversar y amar. Es la fatalidad de ser.

Pronto vamos a ver caer el sol sobre la vejez del mundo, dándole el brillo de ju-

ventud (la primera lluvia de luz bañaba ya las lejanas montañas azulosas). Las moles milenarias, llagasas y pardas, relucen cada mañana como nuevas.

También en nosotros, sobre la vejez de la vida, cae el sol del deseo, renovándonos perpetuamente. ¿Y qué razón habrá de contenernos, persuadiéndonos del engañoso juego? Fuerzas perdidas, amigo mío, no alcanzamos a ver ni el fin ni el objeto de la vida; mas, vamos fatalmente, llevando en los oídos el persistente rumor de las mil voces con que la esperanza suele engañarnos y desengañarnos.

En este mar de la vida ¿quién habrá de resistir al canto de las falaces sirenas?

Y si resistiéramos, no fuera como si tuiéramos manos para no palpar, ojos para no ver y oídos para no escuchar?

¿De qué te serviría tu perfecto ser inmutable?

Callamos... La luz bajó de las cimas y anegó el llano, y como un maravilloso fluido de Juvencio, hizo vibrar todas las cosas en la ilusoria juventud de la mañana.

Hernán Pollares Zoldumbide

Marzo de 1926

MI RUEGO

Ha llovido en el campo. La tierra esta mañana
tiene la cara limpia de una joven aldeana
que se ha puesto de gala y ha madrugado a misa,
llevando en sus pupilas una clara sourisa.
Es domingo. Hay sol. El valle está sereno.
Y yo, más que otras veces, me siento un hombre bueno.
Marcho por los senderos orillados de flores
aspirando con ansia este dulce aire amigo
que le hace a uno fuerte como a los labradores
que remueven la tierra y que siegan el trigo.
Pasa una guapa moza a quien besé yo un día
como se muerde el fruto que cuelga de una rama
cuando el deseo excita nuestra glotonería.
Detrás de su rebaño, sobre la verde grama,
mientras la alegre esquila sus claras notas riega,
ella completa el cuadro de agreste poesía,
simbolizando el alma de esta América mía.
Suena el golpe de un hacha que hace leña en la vega
y al leñador mis ojos le buscan obstinados
en el fondo del bosque de pinos perfumados;
y aunque el follaje espeso le oculta a mis miradas,
sé, por el cau dormido al pie de la alta peña,
que es Andrés quien me roba los domingos la leña.
Conduciendo a su vaca de anchas ubres rosadas
que al ritmo bambolean de su paso cansino
mientras la azota el anca la cola juguetona,
por el recuesto baja un viejo campesino
cuya figura tiene el noble continente
de aquel que traza el surco y arroja la simiente.
La paz del campo baña su cara bonachona,
lleva el ronzal su mano y sujeto entre el brazo
un haz de hierba fresca cogida en el ribazo.

* * *

Un musgoso peñasco que se alza en la ladera
tienta mi loca erranza y mi planta ligera,
y al ascender me alivia saber que están distantes
los vestidos de moda, los necios petulantes
y aquel rumor urbano de turba vocinglera.

Ya en el borde saliente que me sirve de asiento
 me descubro la frente a que la airee el viento
 y bajo el sol que tuesta mi blanca tez pulida,
 dilatándome el pecho, complacido, yo siento
 que circula en mis venas un torrente de vida.
 Mi juventud se anima de una alegría extraña
 y un hondo amor me nace por esta tierra mía
 que al cabo me revela, bajo el profundo cielo,
 que en ella está la dicha que persigue mi anhelo.
 Y entonces, frente al valle y al pie de la montaña,
 mientras el sol avanza por un cenit de fuego
 y tañen los zagales su rondador de caña,
 dirijo al campo angusto mi apasionado ruego:
 Campo de alegres ríos y de bosques sonoros
 en donde repercuta el mugir de los toros;
 campo donde proyecta su sombra pasajera
 el cóndor que en su cuello luce blanca gorguera;
 campo por donde cruzan millares de caminos
 hollados todo el día por rudos campesinos,
 cuya tosca figura, junto a la hoz y al arado,
 cobra un alto relieve de honro significado:
 A ti vuelvo de nuevo, campo de dulce nombre,
 donde tuve la gloria de aprender a ser hombre.
 Pero esta vez regresa mi juventud enferma
 y aridecida el pecho como una tierra yerma.
 Vengo de una lejana Babel cosmopolita
 donde todos los vicios se han dado puntual cita;
 y traigo mi existencia consumida de tedio,
 seguro de a tu lado encontrar el remedio:
 Hazme animoso y fuerte como son tus aldeanos
 que doman a los potros corriendo por los llanos;
 dame la paz que tiene, a la luz vespertina,
 toda rubia de sol la cordillera andina;
 haz que la miel sabrosa de tus frutas tempranas,
 cogidas en el huerto por mujeres lozanas,
 endulce la amargura que me dejó en los labios
 lo que aprendí en los libros y escuché de los sabios.
 ¡Y, sobre todo, oh, campo, enséñame tu ciencia
 maravillosa de simplificar la conciencia!

Guillermo Bustamante

Tacconi, el Poeta Lozano

POESIA es devoción de hermosura, nobleza de sentimientos, generosidad de ideales. Los poetas se colocan en la cumbre: realizan belleza, profetizan, sueñan dulcemente.

El juvenil Emilio Carlos Tacconi — porque me lo imagino muy joven — es poeta de verdad. En su libro *Rocio* hay el frescor de los primeros años, unido a sutil entusiasmo lírico.

Feliz el Uruguay, tierra fecunda, que produce simiente juvenil de esta cultura, disciplina mental y delicadeza. Los mozos han desechado las actitudes soberbias y vanidosas, el vicio de la bohemia miserable, la temprana corrupción, el aniquilamiento de la voluntad, todo lo que deshonor y envilece. Antes de nada, procuran presentarse como jóvenes decentes que se respetan y, respetándose, reflejan su dignidad luminosa en el medio culto y selecto en que viven, vida espiritual y alta.

De esta cepa lozana, Emilio Carlos Tacconi. Sus blasones son de rectitud

e hidalguía, sin sombras ni laberintos ni nada que le avergüence. Sangre de bien nacido, se colorea con los glóbulos rojos del pudor y cortesanía. Ha combatido por que el hombre se aupe en vez de arrastrarse; ha luchado para que nunca más se empeñe «en ser menos que un perro y menos que un gusano».

Nada de raro revela ser bueno con los buenos: hay que ser bueno con los malos, dice Tacconi, refrigerando su alma con las gotas de rocío de la piedad. Sus pensamientos, no por caritativos, son menos varoniles en amor y en arte. Canta las ternuras de su alma férvida, la sublimidad de las maestras como María Vittori, la suprema aristocracia de la música personificada en la pianista Vázquez Bizzozero, la excelencia del verbo, la necesidad de ser y de comprender. Su hondo y laborioso símbolo es el álamo que se yergue «sin hacer sombra a nadie ni estorbar con su gujo, solo y siempre hacia arriba, gallardo en la ascensión».

Y ahora, conoced su manera pasional:

“Tu mirada

A veces tu mirada se me autoja
un ósculo febril que me tortura,
y exalta mi pretérita locura
de soñar un amor que se deshoja.

De la amarga tristeza me despoja
con un soplo de efímera ventura,
pero en sus mil promesas de ternura
descubro la visión de una congoja.

No me mires así... Que si he perdido
la esperanza de ser correspondido,
desprecio tu amistad; quiero tus iras.

No es orgullo, ni envidia, ni despecho;
jes que llevo un volcán dentro del pecho
y temo su explosión cuando me miras!»

Alejandro Andrade Cocco

Quito, Ecuador

GONZALO POZO V.

INESPERADA, fatalmente, se ha tronchado la vida de Gonzalo Pozo. Fue un temperamento selecto que dio a sus páginas correctas y varias el valor de la prédica optimista, llena de la conciencia de la misión que hay que cumplir y de la esperanza alentadora que nos hace cada vez mejores, porque llevamos un destino y una responsabilidad. Y así, sus «Pláticas del Mago Azul», laureadas con un primer premio en uno de los Concursos Literarios del Instituto «Mejía», con algo de la voz del Maestro de «Ariel» inyectaban esa esperanza y esa fortaleza en las almas jóvenes. Porque Pozo fue un apóstol, enaltecedor de la confianza y él mismo había hecho de su vida una jornada de esfuerzo. Se elevó merced a su talento. Sin vacilaciones, sin desmayos. Y se mantuvo en el plano de la más pura voluntad con un ideal altivo y con ese contenido interior que se riega en el espíritu cuando se hace una obra de bondad.

Poeta, como todos los que se hicieron de «La Idea», la casa de su lírica fortuna, Gonzalo Pozo suspiró por la novia campesina y cantó más de una vez a la muchachita lejana, con esa melancolía que se dora de recuerdo, como un poniente, o se azulea de olvido, como cuando la madrugada nos anuncia el día nuevo, con su sol distinto y sus horas inesperadas. En sus poemas queda, ágil y revoloteante, su alma delicada, comprensiva, vivaz, llena de todos los hermosos sueños, dueña de la sonrisa que aminora el cansancio y, matizada con los colores de esa esperanza prometidora que le señalaba como un conquistador de los ideales más ricos y profundos.

Ahora, su voz clara se ha roto. Sus pupilas llenas de la amable visión serraniega, se cierran tempranamente. Sus labios profícuos de locuacidad verdadera, no quieren decirnos como ayer la palabra alentadora y reconfortante o el poema emotivo.

Su pensamiento, grávido ya de serenidades, florecido de revelaciones, no alumbra con su destello promisor. En viaje hacia el misterio el que fue verdad juvenil, la claridad que sugiere la alegría de la vida fuerte, propicia a las generosidades y apta para los triunfos, nos llena de insospechada sombra, nos devuelve a la meditación lacrimosa y nos recogemos para escucharle como se aleja, como llega al silencio ese dueño de una música integral, como le envuelve ya un sudario de tiniebla a esa luz tan viva.

Le vimos llegar, casi triunfante. Ya se afirmaba en una jornada definitiva. Había sangrado un poco en el derrotero. Pero trala flores olorosas y era dueño de los mejores pensamientos. En verdad, había hecho un heroico camino y le esperaba ya «la tierra prometida» que adivinó en sus horas de adolescente, allá en el corazón de «La Idea» o en la floresta policroma de «Vida Intelectual». La tierra prometida como todos hemos soñado una vez, dando una forma algo tangible a nuestro anhelo de niños o a nuestra impaciencia de romeros.

Ya no sueña, ya no ama. Y el cenáculo en donde el escritor vibrante, correcto y noble, ensayó sus primeros vuelos ideológicos, se estrecha cada día con la ausencia de los queridos compañeros. Ayer, Luis Aníbal Sánchez; ahora, Gonzalo Pozo...

Augusto Arias

Quito, Enero de 1927

EL HOMBRE ES UN PEQUEÑO UNIVERSO

Discurso pronunciado en la inhumación del cadáver del escritor señor don Gonzalo Pozo V.

Vuelve a la tierra el joven apóstol, el hombre de acción y el sereno idealista que supo pulir, en la estrechez de la vida cotidiana, el ópalo silencioso de su dolor hasta hacerlo una piedra milagrosa. Vuelve a la

tierra el hermano que practicó diariamente el heroísmo del esfuerzo y convirtió su voluntad en un timón fuerte, dócil al impulso de su mano millonaria de serenidad. Vuelve a la tierra el hijo de la provincia que hizo

de su corazón un carrillón de domingo y de su vida un huerto familiar con árboles de descanso y estanques de meditación.

La actitud romántica de Lord Byron en la muerte de Schelley, quisiera para expresar la tortura de mi espíritu ante el camarada que parte para siempre, dejándonos en la playa del mundo, con las manos extendidas angustiosamente hacia la eternidad y los ojos secos de tanto haber llorado. Schelley muerto, viajó dentro de un barco, varios días, por debajo del mar. En el féretro, como en un barco, el camarada amado sobre todos, va a hacer su viaje por el mar de lo desconocido. Lord Byron, después de haber incinerado el corazón de Schelley, el poeta, en una urna de oro, echó un puñado de cenizas al mar, otro a la hoguera alimentada por maderas preciosas, otro a la tierra cribada de flores y otro al aire estremecido de la costa. ¡Quién nos diera hacer lo mismo con el corazón de este hermano, cantor de la provincia! Porque él amó el agua, el fuego, la tierra y el aire, y entre ellos se regocijara su espíritu.

De la llama aprendió la lección de la libertad. En el libro del fuego leyó; y desde entonces su doctrina fue roja, su bandera del mismo color que su doctrina, y todo él, se estremeció al influjo de un gran viento libertario. Bajó a las cuevas de la miseria llevando el bálsamo consolador de su palabra. Y amó a los desheredados, con el mismo amor que a la tierra y al agua, como un anhelo integral de su pantofilia. Y se debatió por la libertad lanzando su voz de alerta ante el murallón del prejuicio religioso, ante el foso del capitalismo y la valla de la ignorancia. Todavía resuena en los claustros universitarios el rumor de su prédica que sabía sacudir los corazones de la juventud.

De la llama aprendió también la lección del fervor. Porque todos sus actos fueron temblorosos de entusiasmo; y, ninguna labor, por pesada que fuera, enturbió la diaphanidad de su carácter. En las catacumbas de la prensa independiente, en los baluartes de la oposición, se fatigó las noches amasando el pan ideológico para las multitudes. Hombre cabal, merece este epitafio, sobrio y heroico: TRABAJÓ CON ALEGRÍA.

Y ahora, va en el aire húmedo de Enero una lamentación por la madre ya viejecita que, en el triste rincón de la provincia, espera envano al hijo que no ha de volver. ¡Recóndito dolor el de la madre cuando, envuelta en la soledad como en una túnica,

contemple el lento desprenderse de los días y escuche el triunfo clamoroso de los otros jóvenes y vea sobre otra frente el laurel de éxito que creía señalado para su hijo! Tremenda elocuencia la de la silla vacía en la cena familiar, cuando se interroguen azorados los ojos de los niños, y el hermano mayor, sintiendo humedecerse las pupilas, esconde la cabeza entre las manos! El terrón nativo no le verá pasar más, al vástago autóctono, sereno y abstraído, contemplando el libro de la naturaleza y meditando sobre el libro del Derecho, al que adornó, como un enamorado, de flores olorosas y marginales reflexivos.

El cuerpo de tierra se brinda ya a la labor silenciosa del gusano; va a escuchar el rumor de colmena de los pequeños seres que preparan la vida en su oscuro laboratorio subterráneo, va a sentir en la entraña florida cuajarse la raíz del atrópodo, derramarse de los vasos óseos el calcio fertilizador. La música de los astros harán girar el pequeño Universo que va a nacer del cuerpo ya inmóvil del hermano. ¡Feliz el que va a ser origen de un cosmos!

El corazón sencillo que amó, sobre todas las cosas, el perfume de la tierra natal, va a sentir ya para siempre el arrullo maternal de la tierra. Los labios que mordieron la fruta del trópico, van a morder la uva negra de la tiniebla, que sabe a muerte y a ceniza; los ojos que se abrigaron en la contemplación del mundo, vueltos ya hacia adentro, se van a quemar en la luz eterna; las manos que supieron de la alegría de dar, ya extendidas y mendicantes, van a llamar a la puerta turbia de lo desconocido.

Pero de la mano subirá la savia trabajadora por la tubería de las plantas hasta hacerse movible flor; del ojo nacerá el gusano diminuto que, horadando la tierra, saldrá otra vez a ver el sol amado; del labio sonoro, el insecto cantor que, rompiendo el misterio subterráneo, pondrá música al devenir de la vida.

Hermano! no has muerto. Te has retirado a la ribera sombría a hacer tu trabajo oscuro, a transformarte generosamente en nuevos seres que nos den su limosna de belleza. Ante nosotros está tu ánfora corpórea ya rota, desconchado tu vaso de arcilla; pero todos sentimos sobre nuestra frente algo como el roce tibio de un ala: Es tu espíritu que pasa en un vuelo majestuoso hacia la altura.

Jorge Carrera Andrade

Quito, Enero de 1927

DOS POEMAS DE GONZALO POZO V.

Poema de Ensucño

El poeta sintió que en el ambiente angustioso de su taller de milagrería, palpataba incesante la imagen de su Amada.

Un rayo de luna se filtraba silencioso por los cristales de una ventana. El perfume de las rosas recién florecidas y la diáfana albuza de las margaritas llevaban al Poeta un regalo de ternura. Y en su obsesión suprema creyó que las manos eucarísticas de su Bien Amada, acariciaban los rizos de su cabellera oscura, creyó sentir el perfume de su cuerpo immaculado, la vio junto a él, risueña y cariñosa, y quiso pagar esas bondades con la dulzura divina de sus palabras.

«Hermana, mi buena hermana —la dijo— tú que has guiado mis pasos por el desierto inmenso de la vida, por ese desierto que un sol de fuego calcina, tú que me has dado el sagrado rito de las flores y de las manos, manos liliales, que saben como las tuyas dar el consuelo, Amada mía, tú serás la princesa encatada de mi país Azul! . . .

Oscuro peregrino, iba por el sendero sin flores ni frutos. No tuvieron mis poemas la sugestión de lo que vibra ni de lo que vive. . . Y el sendero era tan largo, tan largo. . . !

Amada, tú que trajiste la primavera a mis jardines, que como Samaritana de un país imposible, apagaste la sed de mis labios y que en cada uno de mis versos pusiste tu corazón, hermana mía, yo haré para ti el poema más hondo, el poema hecho de alma y de luna, que diga la historia de nuestra peregrinación milagrosa. . . . »

Y la buena mujer que le había dado con sus palabras el consuelo y con sus caricias el amor, estaba tan lejos. . . . tan lejos. . . . Quizá en esa hora llena de albuza, ella también soñaba en su prometido, en el hombre con alma de niño que ansiaba dedicarle el máximo poema de la vida: su corazón sangrante!

Poeta: la Primavera ha llegado a tus jardines, amemos las rosas que como las mujeres son una consolación divina.

Poeta, sintetiza tu alma en la suave armonía de tus versos: que ellos sean buenos como los niños, que nos digan la suprema ternura de un beso bendito o la melancolía

Para Luis Anibal Sánchez, sinceramente

de una tarde que muere. . . . Que sean tejidos en telar de la vida con el hilo rojo de tu corazón.

Pálido viajero de la Ciudad Milagrosa, la Primavera ha traído flores para tu Amada. Sientes latir su corazón? . . . Mientras vayas en busca de las huellas del Caballero Manchego, en el sagrario oculto de tu alma, purifica el rito de tu amada Belleza. . . . !

Poema de la Siembra

La mañana rie bajo un cielo de luz, cielo del trópico.

El campo está listo para la siembra y las entrañas de los surcos, llenas de savia y humedad, esperan la lluvia eucarística del trigo.

Por los caminos zigzagueantes y serenos, se acercan ya los sembradores: traen la semilla dorada que la tierra bondadosa abrigará en su seno y que volverá en el fruto divino que el buen sol madurará mañana.

Mientras el viento difunde el perfume de las flores, ellos, los triptolémicos labradores, los de brazos fuertes y almas santas, balbucen una oración al buen Padre de Asís y siguen sembrando el trigo rubio y bueno, que será pan en su mesa humilde y será misterio en el altar de la iglesia aldeana. El más robusto de ellos, un mozo de músculos potentes y de corazón ingenuo, ha empuñado la esteva del arado y alegremente sigue tapando el trigo al melancólico paso de los bueyes.

Tienen los sembradores un sentimiento de íntima bondad y el consuelo de una esperanza sagrada. Las madres cariñosas — viejecitas que llevan el cabello blanco — blanco como su alma — tienen para sus hijos una mirada de ternura; piensan que mañana el trigal florido será una sonrisa divina, que caerá la lluvia del cielo y se alzarán triunfante como la Vida.

. . . Y el trigal surgió verde e imponente. Las briznas, al principio amarillentas, echaron raíces y crecieron lozanas. Y cuando la tierra tuvo las mejores flores y los más bellos matices, aparecieron las espigas llenas de fruto: el viento suavemente onduló sus cabelleras como un lago tranquilo y el sol, el buen sol que da la vida, transformó los granos esmeraldas en granos de oro. . . . El trigal maduro era como una bendición de Dios. . . . !

El nuevo Presidente de la Sociedad Jurídico Literaria

ANTES de que Arturo Borja, Ernesto Noboa Caamaño y Humberto Fierro nos deleitaran con la música moderna de sus versos, por obra de la inquietud estética de Aurelio Falconí y Luis F. Veloz, se publicaba una revista de innovaciones líricas: "Altos Relieves". Es pues el delicado poeta que ha sido nombrado justamente Presidente de la Sociedad Jurídico Literaria quien abrió los nuevos horizontes de la poesía moderna ecuatoriana y ante la hostilidad del medio hizo una brillante defensa de los principios renovadores en



X Sr. Dn. Luis F. Veloz

su estudio "Decadentismo", que apareció en los primeros números de la Revista de la Sociedad Jurídico Literaria. Su diestra ha modelado admirablemente preciosas obras escultóricas y ha sido una enseñanza y un estímulo su inteligente prédica de arte. La docta Corporación ha tenido un plausible acierto al elegir para su Presidente a Luis Veloz quien con su espíritu laborioso y sus inteligentes iniciativas impulsará a la Sociedad que ha cumplido ya veinticinco años de vida próspera.

Y cuando en una mañana de sol, todas las cosas decían el himno triunfal de la Vida, otra vez, por los caminos zigzagueantes y serenos, vinieron los sembradores a recoger el fruto de su esfuerzo en montones de trigo color de oro....!

Joven, preparemos laboriosos el campo de la Vida, donde regaremos la simiente inapreciable de nuestra espiritualidad. El campo es fecundo y ubérrimo, vayamos por él sembrando toda nuestra juventud; que en los surcos de nuestro camino se ostente una flor o una espiga: una flor que palpite como un corazón o una espiga que sintetice la sagrada encarnación de las almas....!

Reguemos las simientes regias de nuestra propia vida y que, mañana, la Humanidad coseche el fruto de nuestro esfuerzo en hostias de bondad. Plantemos el rosal de nuestras buenas acciones y sembremos el trigo de nuestros sentimientos.

Joven.... que todos pudiéramos sembrar....!

1920

NOTA.— En números sucesivos publicaremos otras páginas de Gonzalo Pozo V., cariñosamente recogidas por sus compañeros.

El Rubaiyat de Omar Khayyam

Astrónomo y Poeta Persa

Traducción en verso castellano libre,

por CAYETANO COLL Y TORRE

(CONCLUSIÓN)

LXVII

Un cielo, sin la imagen de colmados
Deseos, y un inferno, con la sombra
De las almas, en fuego, sumergidas.
Ved ahí el cuadro sobre las tinieblas!
Los sirios, donde penetramos presto,
Y quedamos, por siempre, al expirar!

LXVIII

Es una noche extraña nuestra vida:
Somoa cual sombra mágica, movible,
Que viene y va, en fantástica linterna:
Una luz claramente la ilumina:
Y la función su dardo la mantiene
Hasta la media noche promediar.

LXIX

Juega El, en tanto, las inertes piezas
Del ajedrez, en el vulgar tablero
Que han formado las noches y los días.
Y mueve cada pieza con soltura,
Da jaques, y por fin, el jaque-mate. ...
Y arroja las figuras al cajón!

LXX

Nunca, jamás, pregunta la pelota
Sobre el sí y el no. Va, ciega, su camino
Según el jugador le da los golpes.
El que a la tierra te lanzara un día
Lo sabe todo, lo conoce todo,
Perfectamente, y nadie más, sólo El!

LXXI

Más, si dedo se mueve, luego escribe,
Y, habiendo escrito, se adelanta siempre. ...
Con toda tu piedad y con tu ingenio
Transmutar media línea no te es daño:
Si con todas tus lágrimas podrías
Una palabra de ellas, ¿y? borrar!

LXXII

Y, a esa levedad y como palangana,
Llamada Firmamento, que debajo
De ella vivimos y morimos tristes,
Arrastrándonos, cual reptiles presos,
No alces las manos, suplicando ayuda,
Porque impotente está, cual tú y cual yo!

LXXIII

Con la primera arcilla de la tierra,
Afirman, las amasado el hombre antiguo,
Y es la semilla de final cosecha:
Y trazo entonces, la primera aurora
En aquella mañana sorprendente,
Lo que la última aurora ha de leer!

LXXIV

Pues este ayer, la rebaja del hoy traje,
Y preparó también para mañana
La quietud, el triunfo o la amargura! ...
Bebé! Porque no sabes cuándo vienes,
Ni por qué vienes. Bebé! Que tampoco
Comprendes el por qué de adónde vas! ...

LXXV

Y te digo esto, cuando de la meta
Saltando sobre lomos del fogoso
Potro, Parvina y Mushtari brillaban. ...
Y salí, en mi predestinado raso
De polvo, basurero de alma y cuerpo. ...
Y, ya echadas, tenía fibras la vid.

LXXVI

La vid tenía sarmientos. Cuán alegre
Le consagré mi ser a esos renuevos! ...
Deja al Dervish burlarse como quiera!
Pueden hacer pulimentada llave
Del vil metal, de que compuesto soy,
Y el portón, donde aulla, abrir podrá.

LXXVII

Yo sé, que ya me inflama luz sincera
En el amor, ya oecio, por completo
En ira me consumo, más me vale
Gozar su resplandor en la taberna,
Que mal desperdiciarla por el templo
Aunque sea con entera libertad.

LXXVIII

Y quién sino la torpe nada puede
Excitar, nuestro ser consciente, al yugo
Amante del placer, no permitido,
E imponerons la ley de lo imposible,
Y con terribles penas, si se violan
Condenarnos por una eternidad! ...

LXXIX

Y qué! Podemos ver la recompensa
Del impotente ser, que le devuelve
Puro oro, a quien le da metal ligado? ...
Es justo demandar por una deuda
Sin su contrato? Contestar no puedo! ...
Fatal convenio, miserable plan!

LXXX

Oh, Tú, que llenas de terribles trampas
Y peligrosos lazos, el camino
Que tengo que seguir! Ah, Tú me quieres
Rodar de maldad, predestinada,
Para que caiga en esa red; y luego,
Luego imputar mi caída a que falté! ...

LXXXI

Oh, Tú, que hiciste al hombre de la arcilla,
De la más vil y baja de la tierra
Y trazaste paraíso con serpiente,
Perdona al hombre por las tantas culpas
Como ennegrecen su doliente rostro,
Y toma, toma en cambio, su perdón! ...

LXXXII

Otra vez, a la caída de una tarde,
Al recogerme por el hambre hurgado,
Lejos ya Hamadán, y yo bien solo,
Entréme en una tienda de alfarero
Y estuve allí buen rato, pensativo,
Con tarros arcillosos al redor.

LXXXIII

Había figuras, no tamaño y clases,
De todos tipos, grandes y pequeños,
Llenando el pavimento y la muralla;
Y había algunas áforas locaces
Que parecían ser oídas por las otras;
Pero no era muy claro su charlar.

LXXXIV

Una decía:—«No es vano, ciertamente,
Mi substancia procede de la tierra,
De la tierra común. Y esta figura,
Con arte y con cuidado trabajada,
Ha de ser rota, pisoteada, informe,
Y nuevamente vuelta al suelo vil!»

LXXXV

Entonces, dijo la segunda:—«Nunca
Querrá un muchacho, sea o no travieso,
Romper la copa donde alegre bebe;
Aquel, que con sus manos hizo el vaso,
Seguramente no querrá romperlo,
Y, menos, con enojo destruirlo!»

LXXXVI

Hubo silencio por un rato. Luego
Una vasija, con descuido hecha:
—«De mí se burlan, dijo, por ser pobre,
Y mal tallada, y puesta de soslayo,
Pues qué! Al hacerme el alfarero hábil
Su mano, entonces, con pesar tembló!»

LXXXVII

A lo cual, una del locuz conjunto,
Una cazuela, pienso, de sapiencia
Brillante por el lustro recibido,
Dijo, en seguida:—«Ruégote, me digas,
Qué es el vaso y quién el hacedor?»

LXXXVIII

Otra repuso:—«Hay quien habla serio
De un alfarero, por demás tirano,
Que a los ahijados lanzará los potez,
Los infelices potez, que él hiciera. . . .
Bah! Bah! Quién nos formó no es mal amigo,
No dudéis, que todo ello irá muy bien!»

LXXXIX

Y otra vasija murmuró:—«Conforme!
Mi barro se ha secado poco a poco
Con el olvido; más, llenadme presto
Del rancio zumo de la vid querida,
Y veréis, me parece, tuil recobro
Mis potencias al fin con rapidez.»

XC

Mientras, por turno, hablaban las vasijas
Vieron la luna, que esperaban todas,
Y dándose de codas, exclamaron:
«Ah, cuán hermosa, ved! Hermana, hermana!
Ya, va a cruzar el nudo y la corteza
Del copero, del vino portador.»

XCI

Ah! Con el vino confortad mi cuerpo,
Lavad con él mis carnes mortecinas
Sosteniendo mi vida pasajera;
Y, cuando musa, dadme por sudario
Las hojas de la vid; luego, enterradme
Al lindé solitario de un jardín.

XCI

De modo que, a pasar de sepultadas,
Lanzarán mis cenizas por los aires
Perfume tal, que todo buen creyente
Al pasar por mi tumba, descuidado,
Quedará de repente sorprendido,
Al sentir el aroma de la vid.

XCVI

En verdad, que los ídolos queridos
Por tanto tiempo, en este mundo ingrato,
Sin crédito y razón me dejaron
Han abnegado mi gloria en una copa
De licor, mi valer riñiéndolo al paso
Para obtener tan sólo una canción!

XCVI

En verdad, en verdad, que arrepentido
Muchas veces juré, contrito y bueno,
Mas cuando juramento tal hacía
Estaba cuerdo! Vino primavera
Bella y gentil, y perfumada rosa
Con su aroma quebró mi voluntad!

XCVI

Y por infiel que el vino me haya sido
Y despojado del honor me tenga,
Hágome, con frecuencia, esta pregunta:
—Lo que los ricos taberneros comptan,
Por objetos valiosos que ellos sean,
De los que venden vale la mitad?

XCVI

Se irá la primavera con la rosa. . . .
Y tendrá fin el rollo perfumado
De juventud. Extraño pergamino!
El ruiseñor, que canta en el ramaje,
De dónde vino, a dónde va de nuevo?
Ah, no lo sé! Mas, quién lo sabe bien?

XCVI

Quiere el desierto estéril que la fuente
Ay! le concierda de placer vislumbres,
Si ocultos, con certeza descubiertos!
Y en ella, el fatigado peregrino,
Como la sorbe la campiña hollada,
Pueda saciar su devotante sed!

XCVI

Sería ya tarde para enviar un ángel
A recoger la lista de las causas
Por todos conocidas. Y de nuevo,
Un juez severo registrar las cosas!
Y, además, archivar el viejo rollo,
Y, por completo, todo bien borrar!

XCVI

Ay, amor! Si pudiéramos felices
Conspirar con la suerte, y con engaño
Empuñar el esquema de las cosas,
Tal vez quedara reducido a polvo!
En nuevo molde la miseria inerte
Remover! Cui le pida el corazón!

C

Oh, luna, que hora asciendes al espacio,
En adelante, cuántas veces, bella,
Te pondrás en crecimiento y en menguante!
Y, cuántas veces, al cruzar el cielo,
A este jardín darán tus tibios rayos
Y en vaso, con amor, nos buscarás!

C

Y cuando tú, Sáb!, como la luna,
Te pases entre huéspedes que gozan
Echados en el césped delicioso,
Al llegar a mi sitio abandonado,
Que yo ocupé una vez con tanto gusto,
Vacío mi vaso, boca abajo pon!

Edgard Poe y las Falsas Leyendas

SON prestigiosos escritores franceses los que, mediante una campaña inteligente han hecho luz y borrado, en parte, la deplorable leyenda sobre el formidable genio Edgard Allan Poe, fallecido el 7 de Octubre de 1849, en un hospital de Baltimore. Mencionaremos, entre ellos, a Camilo Mauchair, Laurrière y André Ibels.

El insigne autor de CUENTOS EXTRAORDINARIOS educado como un joven muy bueno y con un refinado temperamento de artista, pertenecía a una familia acomodada; pero, más tarde, debido a reveses de la fortuna, se vió ante la dura realidad de la vida pobre y solo y con el alma llena de ensueños y el corazón lírico y fervoroso de poeta altísimo. Como lógica consecuencia, vino la lucha entre el poeta y el ambiente estrecho e incomprensivo, ambiente de cálculos aritméticos, de comercio pesado y calculador, de industria espesa y ahogadora. Si a esta dolorosa lápida añadimos el casamiento del poeta "por amor, con una jovencita sin dote, que abrazó la profesión más peligrosa y más difícil en un ambiente donde todo lo que puede tomarse como sublimes extravagancias del genio, se consideraba como groseras incongruencias", pensaremos en lo difícil de la situación del autor de *EL CUERVO*, en lo terrible de la lucha inmisericordiosa que surgía entre el ilustre vate y el público, lucha en la que

se sostuvo con valor y honradez durante tres lustros.

En el mes de Julio de 1849, Poe salió de Fordham en donde vivía con su madre política quien le cuidaba con esmero y cariño; se dirigía a diversas regiones de los Estados en busca de apoyo y de suscripciones para su revista *STYLUS*. El 7 de Octubre del mismo año, le encontraron inanimado en un banco de la *LIGHT STREET* y le condujeron inmediatamente a un hospital, en donde el Dr. J. J. Morran médico-jefe del Washington Medical Collège le cuidó en sus últimos momentos.

Según el acta de la muerte redactada por el mencionado galeno y publicado por H. R. Woestyn en el prefacio del libro inédito de Poe, *DRAMA ROMÁNTICO*, Edgard no falleció a causa de un ataque de "delirium tremens" ni su aliento ni sus vestidos exhalaban olor a alcohol, tampoco tenía agitaciones ni fiebre, solo en su rostro se veía una extraña lividez.

Después de cierto tiempo de reposo, reaccionó el poeta y al ser preguntado por el médico sobre su dolencia, le repuso que le pesaba enormemente la cabeza, que sentía un extraño malestar, y cuando el médico para probarle le ofreció una copa de alcohol, Edgard rehusó violentamente, diciéndole: "Si el líquido contenido en ese vaso, señor, pudiera transportarme inmediatamente a los Campos Elíseos, no lo bebería y ni siquiera dejaría que tocara mis labios". Pasados algunos minutos, agitóse

RICARDO ALVAREZ



UN LIBRO NUEVO

Ricardo Alvarez nos dará en breve su primer libro. Cuentos, crónicas y poemas, reúne en el tomito sugestivo este compañero que siempre dedicó la más fina predilección de su alma a la belleza que se queda apresada en una fresca hoja de poema o a la inquietud de la vida que se hace el motivo de un cuento o al placer de mirar al camino que se condensa en una crónica vivaz y recordativa.

Desde sus días de ayer, desde sus horas iniciales de adolescente, Alvarez se dedica a la noble faena de tecudar las cuartillas y sus páginas nos revelan un delicado temperamento que aprisiona una flor de belleza y da a sus palabras la gracia elegante de una suave alacridad ennoblecida por el hábito del arte.

Ricardo Alvarez es ventajosamente conocido en los círculos literarios y muy apreciado por esa selecta minoría que se preocupa de las cosas del espíritu.

Auguramos el más feliz de los éxitos a este libro que iniciará de manera brillante el año literario.

PLEGARIA DE AMOR

A ANTONOR ORREGO

¿No me darás la arcilla de la cantera rosa
donde labrar mi vaso para gustar Amor?
¿No me darás un poco de tierra melodiosa
donde plasmar la fiebre de mi ensueño, Señor?

¡Mi vida es un estanque de agua bituminosa!
¡Lanza en él una estrella de ternura y de albor,
y en el plinto de mi alma, pon un mármol de diosa!
aunque sea truncado como Venus, Señor!

¡Por los líricos ritmos, por vésperos y auroras,
por la lepra de luna que cilicia mis horas,
héme triste, héme bueno, héme humilde, Señor!

Apto estoy para unirme con tus celestes dones;
pero, si voy enfermo, sangrante de canciones,
con mi lepra de luna . . . ¿Quién me querrá, Señor?

Alcides Spelucín

Trujillo, Perú

violentamente y llamó a ciertos miembros de familia ausentes, luego "se coloreó su tez, las venas de las sienes se hincharon, sus ojos se revolviéron convulsivamente."

Un médico joven que acompañaba al doctor Morran al ver las manifestaciones del enfermo, exclamó que el poeta daba fin a su vida, que apenas le quedaban unos pocos minutos. En efecto, pasados unos momentos, dijo: «Doctor, todo está acabado. . . .»

Adiós por toda la eternidad.

¿Dónde está el salvavida, la canoa de salvamento? Barco de hierro, mar de cobre. . . Calma por todas partes. . . . no hay más orillas. . . .»

Allan Poe murió a la media noche del 7 de Octubre (1849) y según el parte médico, debido a frecuentes privaciones funestas para el organismo débil y a «una muy larga exposición al frío», lo que demuestra la pobreza franciscana en que se debatió el panida y la hostilidad del ambiente para con el único

y más grande genio literario que han tenido los americanos.

Con la publicación del acta del Dr. Morran se van, pues, desvaneciendo aquellas lamentables leyendas sobre la intemperancia de Poe. A tal extremo se llevó la creencia en aquellos cuentos, que muchos escritores hacíanle morir a Poe en un cuarto tapiado, entregado al alcohol. Conocemos numerosos artículos en que, sin base cierta y a manera de una biografía exacta, se le hace morir al poeta en medio de las terribles convulsiones del "delirium tremens" en una zanja de Baltimore o en una calle de arrabal.

Con un poeta amigo diré para terminar que "la estatua del mago de los cantos aún no pone su gloria de sol en Yankilandia", ni abre una vía de rosas para la vida espiritual en aquel país de la inquisición del tanto por ciento.

Ricardo Alvarez

Quito, Ecuador

UNA BROMA PESADA

BESTA mañana tropecé con Paco González, quien sin darme tiempo para informarme de la salud de su respetable familia, me soltó esta noticia:

—Sabes? Pepito Montaña se ha casado!

—Cómo! Pepito se ha casado?—pregunté yo, fingiendo igual asombro que Paco.

—Sí, hombre, sí. Se ha casado. Lo hemos visto ayer en el Parque, durante la retreta, paseando de bracerío con su mujer.

Y apenas si contestó a nuestro saludo.

Iba más orondo que un pavo, y más inflado que una bomba.

—Y ella, es guapa?

—Preciosa. Una linda y encantadora "negra". Creo que se llama Fina y me han dicho que tiene casa por San Roque.

—Caramba! Eso más!

—Sí, hombre, hasta eso. Tiene casa, o, mejor dicho, tienen sus papás. Qué suerte la de Pepito. Es estupenda, brutal. Nadie lo hubiera creído. Pero, cómo le habrá resultado?... Porque Pepito es bien feo y muy cobarde y muy «mudo». Es algo inexplicable, chico....

Y mi amigo Paco se despidió intrigado por lo fenomenal del matrimonio de Pepito Montaña.

Porque, para los amigos de éste, para todos los que le conocían de cerca, su cambio de estado civil había sido recibido como la nueva de una revolución, con un estupor y una sorpresa sin precedentes. Y no es que Pepito Montaña no fuese tan hombre como los demás, sino que, según ya lo dijo Paco, tan tímido y desafortunado de cara como era, figuraba entre aquellos a quienes el bello sexo tendría que conquistar si quisiera uncirlos a su dulce yugo. Que por ellos, podrían morir célibes.....

Mas lo que para Paco aparecía como inexplicable, para mí era cosa tan clara como el aire. Como que fui uno de los autores del dichoso matrimonio de Pepito. Sí, vais a verlo:

Cierta ocasión, Manolo García, Raúl Martínez y yo, ponderábamos las gracias físicas y espirituales de Fina Rivero, en presencia de

Pepito Montaña. Y con tanto calor lo hicimos que éste se manifestó interesado en conocer a la beldad de nuestros entusiasmos. Le prometimos presentarlo en la primera oportunidad y lo cumplimos fielmente.

Por cierto que en tan solemne circunstancia, Pepito se portó como siempre: resueltamente tímido, encogido y cobarde. Balbució, más que habló pocas veces. Hizo el más impecable papel del verdadero bobo. Y la impresión que creímos advertir en Finita respecto de nuestro amigo, nos pareció definitivamente catastrófica. A nuestros ojos, para él, no tuvo ella sino muecas de disgusto.

Después de esta memorable presentación, la tranquilidad del pobre muchacho se derrumbó estrepitosamente. Ya no quería salir con sus amigos a los paseos ni a las «farras», ni a las «matinéas» del «Sucre», a nada. Se aislaba, se sentía y se mostraba misántropo, atormentado, melancólico. El tema de sus conversaciones sólo era ella. En su compañía, nosotros nos divertíamos de lo lindo. Sus suspiros, continuos y prolongados como los de un hipocondríaco, provocaban nuestras pullas y nuestras risas.

Entonces, se nos ocurrió a los mismos que hicieramos la presentación de Pepito a Fina Rivero, jugarle a nuestro enamorado amigo lo que de antemano calificábamos de broma pesada; prometiéndonos regocijarnos a costa de su volcánica pasión.

Concebido el proyecto y trazado el plan, aprovechamos el primer encuentro con Pepito para preguntarle, muy condolidamente, por el estado de su corazón.

—Cada día peor, nos contestó con tono compungido. Y ya me *carga* esta vida. Siento tedio y furia, más que tristeza. No se imaginan ustedes cuánto sufro.

—Pero, en verdad la quieres? —preguntó Raúl, como quien duda.

—Con toda mi alma y con todas mis fuerzas!

—Pues entonces, por qué no la enamoras?

—Es que no puedo, tengo miedo de fracasar y en tal caso, no sé lo que haría.

—Y sin embargo, —le replicó Manolo, —nadie te lo impide. Todo consiste solamente en ti. Un [poco más de valor, de audacia,

de cinismo, si quieres. Es lo que a las mujeres les encanta. Se mueren por un hombre atrevido, que les tome el corazón por asalto, con violencia y con sorpresa.

Los románticos como tú, los que sólo suspiran y ponen ojos de borrego degollado ante ellas, se quedan atrás a ver lo que los demás gozan. Atrévete y verás.....

—Y a propósito—interrumpí yo—, el otro día estuvimos en casa de Finita. Y, sabes lo que de ti nos dijo?

—Oh, qué dijo? Cuéntenmelo por favor. No sean malos—suplicó Pepito.

—Pues, más o menos, se expresó así: Qué es del amigo de ustedes.... el que me presentaron el mes pasado?...., ese joven un poco taciturno, reservado.... Vaya, no recuerdo su nombre....

—Pepito?—le ayudamos nosotros.

—Sí, Pepito—continuó ella;—me fue muy simpático. Me parece un buen muchacho.

—Oh, sí, es un buen muchacho.

—Sólo que también me parece bastante.... cómo diré.... tímido, receloso. Y

es sensible, inteligente como demuestra serlo. Me gustaría volver a verlo, charlar con él de cosas menos frívolas de las que acostumbra los jóvenes de ahora. Las pocas frases que pude oírle, cuando me lo presentaron, me hicieron entrever en Pepito un verdadero talento y, sobre todo, un gran corazón. Únicamente su timidez es algo que enfriará....

Pepito Montaña se había transformado. En su semblante irradiaba la alegría más intensa. Pedía que le repitiéramos una por una las frases de Finita, y las analizaba bajo el prisma de un convencido optimismo.

Para acentuar el efecto de nuestra mentira, Raúl Martínez todavía insinuó pérfidamente:

—A mí me parece que le has caído en gracia a Finita. Le estás *entrando*, sin que tú lo sepas. Y mira que Finita no es de las que elogia a cualquier hombre. Yo la conozco muchísimo. Si no fueras tan tonto.... esta sería la ocasión en que estarías ya *adentro*.

Pepito nos consultó si sería oportuno y conveniente que la visitara esa misma noche.

A duras penas pudimos contener la risa, para sugerirle que mejor sería que buscara a Finita en la Alameda, lugar favorito de sus paseos matinales. Porque queríamos presenciarlo todo, anticipándonos las más regocijadas escenas para pasto de nuestro buen humor.

Pepito aceptó nuestra sugerencia.

Al día siguiente por la mañana, antes de las diez, —hora que le indicáramos apropiada para el objeto y cuando ya nos halláramos allí, cuidadosamente ocultos y atisbándolo todo,— llegó inquieto, nervioso, pálido. Buscó impacientemente por todos los senderos del parque y cansado de sus inútiles pesquisas, porque Finita aún no llegaba, se sentó en una banca próxima a la puerta principal de entrada, vigilando desde allí a todos los paseantes.

Vino, al fin, ella, dirigiéndose por el costado derecho hacia el centro de la Alameda. Tan pronto como la distinguió, Pepito se puso encarnado, quiso levantarse y seguramente la emoción —o el miedo, como suponíamos nosotros, siguiendo todos sus movimientos desde nuestro escondrijo—, le dejó sentado.

Reaccionó luego, dio un largo rodeo para salir al encuentro de Finita, y con tanta habilidad lo hizo que, ya en el bosquecillo cercano a la laguna, estaba



La Catedral de Quito

EL CAMINO

Adiós esperanza muerta,
tienes franca ya la puerta
que te cerró mi ilusión....
Yo te señalo un camino
opuesto al de aquel destino
que te trajo al corazón....

Este camino es de espinas
pero da penas divinas
con sus espinas en flor....
Y aquel sendero florido
sólo da flores de olvido
en sus ramajes de amor....

Si en el uno te haces daño
menor será el desengaño
que la herida, pues la flor

de las espinas floridas
es la de nuestras heridas
y la de nuestro dolor....

Anda pues, mas el camino
que te señaló el destino
no es el camino mejor....
Yo te señalo el de espinas
que tiene huellas divinas
en sus espinas en flor....

Adiós esperanza muerta
tienes franca ya la puerta
que te cerró mi ilusión....
Sal en busca del lucero
puesto al final del sendero
que empieza en mi corazón...

Carlos Dousebès

Quito, 1926

al lado de su adorado tormento: saludándola con una tan exagerada cortesía que la turbación del muchacho hacia más cómica. Nosotros esperábamos ser testigos de la repulsa más categórica por parte de Finita, pero vimos cómo contestaba el saludo de Pepito y, más aún, que le sonreía cordialmente, cosa que bastó para infundir bríos a nuestro hombre y desatarle la lengua en una conversación que nos cansamos de esperar el fin....

De qué hablaron? Qué le pudo haber dicho Pepe Montaña a Finita? El temor de que se descubriera nuestra broma, nos obligó a ahogar la curiosidad. De lo que sí pronto quedamos cerciorados fue de que aquél tenía la más franca acogida en la casa; se granjeó la simpatía de los padres de la muchacha y po-

co tiempo después circuló el parte del futuro enlace Montaña-Rivero.

No pasó desapercibido para nosotros que, desde que Pepito se hizo íntimo de la casa, se nos recibía con menos agrado a todos los que nos ufánabamos de nuestro atrevimiento y desparpajo con las chiquillas. Por qué sería? No hemos tenido aún oportunidad de preguntarlo a nuestro querido Montaña.

Nos debe, pues, éste la felicidad que hoy le sustrae a sus amigos. Pero como tenemos el recelo de que no todas las bromas pesadas terminen tan dichosamente como ésta, hemos jurado no repetir las más en nuestra vida.

Claudio Varnel

QUITO.-I-1927

Nuevos Poemas

Para Hernán Pallares Zaldumbide

VELIVOLO

Rómpete entre algodones
o penetra los arcos
que afirman las esferas.
Cazador de cometas,
dios de las golondrinas,
¡Oh, sube ya a buscar
las fuentes de las lluvias
y el espejo del mar!

¡Velivolo!

Brillan tus alumíneos,
tu hélice es como un círculo
que guarda estremecido
el último huracán....

¡Velivolo!

Ya el caduceo homérico
y el alado esplendor,
callan ante tu impetu:
eres un vencedor
de la tierra y del cielo.

¡Velivolo!

Mariposa fijada
por extraño alfiler.
Ala en el horizonte,
brújula de los ángeles:

¡Velivolo!

Dame algo de tu fuerza,
yo te daré mi sed
y anclárenos los días
en el cuerno de oro
de la Luna:
—Un nudo de silencio
oprime las gargantas—
Adiós....

Adiós....

¡Velivolo!

Hugo Moncayo

EL PRIMER CONGRESO PANAMERICANO DE MUSICA

EN la Habana risueña y floreciente, la Academia Nacional de Artes y Letras de Cuba, por iniciativa de un entusiasta núcleo de espíritus que la integran, quiere hacer tangible la realización de un magnífico ideal organizando el primer Congreso Panamericano de Música. Para felicidad de tan ilustre Academia y mayor gloria del arte americano, el laudable proyecto halló inmediata acogida en los círculos oficiales, y el ilustrado Gobierno de la Isla dictó el acuerdo consiguiente que lo prestigia una vez más.

Hecho sin precedentes en la Historia del arte americano, las proyecciones ideológicas de este Congreso alcanzarán a un futuro incalculable; sus proyectos, elaborados y discutidos con ardor y amplitud, tendrán que enfrentar realidades mal conocidas o situaciones hostiles para el sano desenvolvimiento artístico de la música y de nuestros músicos; las ideas que allí germinen tal vez un día florecerán en obras o aspectos imprevistos; el ambiente enrarecido y de matices borrosos en que vegeta el genuino arte musical del Nuevo Mundo experimentará conmociones de saludables fuerzas renovadoras; valores si por viejos ingratamente olvidados, si por nuevos ciegamente combatidos serán aguilatados; tendencias artísticas malsanas no resistirán el duro toque de críticas serenas y elevadas.

Esperar tanto de un Primer Congreso es algo pueril, seguramente; pues, el enunciado simple de tan complejas y numerosas cuestiones llevaría todo el tiempo disponible, alejando la solución que ellas exigen.

Así parecen admitirla implícitamente sus iniciadores, cuando imitan el campo de discusión y estudio al expresar —según puede leerse en la copia del Decreto Presidencial— que el mentado Congreso «tiene como fin básico el estudio de los orígenes de la música americana, su progreso y desarrollo, y poner de manifiesto el estado alcanzado por la música universal en cada uno de los pueblos de América».

Salta a la vista, pues, cual será la naturaleza de los temas que de primera instancia han de discutirse; pero a la vez, tal aclaratoria condena prematuramente a una relativa esterilidad y valor efímero las labores de ese ilustrado Parlamento.

Hablar del pasado nos ha parecido siempre muy interesante, provechoso y harto bello. Hacer bien historia es hacer ética, y de la mejor especie; en lo que atañe a la historia de la música, para ser sustancialmente útil y filosóficamente provechosa ha de seguir, sin afectaciones, el criterio spengleriano al examinar obras y reliquias instrumentales, es decir con profundo sentido sociológico y amplia visión estética, de modo que la cultura técnica juegue el papel de medio y no de fin, para meditar luego, sobre los tesoros artísticos explotables que desde el punto de vista musical nos ofrece el Nuevo Mundo, y los medios de explotación que mejor orientados y fecundos se manifiesten.

Por desgracia, tan sugestivas tesis no pueden contener de manera definitiva y con la transparencia indispensable cuestiones de importancia vital que apenas serán desfloradas, por necesidad ilustrativa, en simple contacto y relación con aquellas.

Pero si en la preparación al porvenir residen las inquietudes determinantes de nuestras principales resoluciones de hoy, nos atreveríamos a señalar problemas cuyo planteamiento no ha de aplazarse en ningún caso ya que constituyen medidas primordiales para la solidez de toda obra futura. Decir esto equivale a recordar que el examen concienzudo y amplio del presente es la única garantía de éxito que puede afirmar en sus labores al Congreso anunciado, y dicho examen debe seguir inmediatamente al del pasado, concediendo a esto el mínimo de tiempo disponible.

Lejos de nosotros el considerar estériles las especulaciones de la prehistoria musical bien conducidas; mas, en los tiempos actuales se han formado magníficos emporios de instrumentos antiguos, y la estética y la crítica han clavado en el corazón hueco y enigmático de ellos interrogaciones sin respues-

ta: ¿Cuál era el valor artístico de las melodías a ellos arrancadas? ¿cuál su valor intrínseco y relativo? ¿cómo sonaban esas melodías mismas? ¿cómo reconstruirlas? ¿y sus ritmos? ¿hasta dónde alcanzaban el poder expresivo y las influencias anímicas de esos elementos? Toda esta profunda obscuridad que enmudece cuando tocamos a las puertas de viejas civilizaciones ¿no ha de paralizarnos con su mutismo impenetrable al sondear la prehistoria americana?

Sin embargo, con respecto a la revaluación y restauración de la música indígena de América soy más optimista, lo cual no desvirtúa en nada mis apreciaciones de antes.

Los tiempos son de prueba, y en este segundo cuarto de siglo heraldos hay que anunciar renovación de valores espirituales y culturales.

Hora es, por ejemplo, de afirmar o construir de una vez para siempre la íntima conciencia de una personalidad propia como músicos de América, llenos de fe en nuestra potencialidad creadora, sin snobismos, sin iconoclasticismos, sin chauvinismos detestables; pero mejor todavía sin admiración servil, incondicional y pasiva hacia el virtuosismo europeo divinizado, hacia el decadentismo furioso de Occidente. ¿Y por dónde ha de comenzar nuestra obra? Por la formación de un ambiente favorable a los músicos del propio suelo; ambiente optimista para todas las iniciativas meditadas, aún para las más modestas; desterrando del ánimo público el prurito risible de las comparaciones a todo trance, de las críticas «en paralelo», que hacen de muchos nobles compositores y concertistas derrotados prematuros eclipsados por las sombras venerandas que desde el Viejo Mundo proyectan los maestros indiscutibles enfocados por el réclame; desterrando, en fin, todo aquel espíritu de superioridad dispensadora y de protección afectuosa o insolente que tanto nuestras sociedades como nuestros gobiernos dedican al Arte musical y a sus modestos sacerdotes.

Formar ese ambiente implica difundir una cultura musical orgánicamente nuestra en las masas populares, sin perjuicio de utilizar para ello todos los medios, sean estos originales o importados. He aquí un tema, pues, que ha de llevarse a la mesa del Congreso: *la organización, con métodos eficientes y, en lo posible, propios en las escuelas y demás centros de enseñanza de las ciudades y los campos, de la educación musical del pueblo.* Dicha educación, que ha de tener como base el estudio del solfeo, utilizará en

él melodías, «modos» y giros de origen absolutamente local o nacional intercalados hábilmente en el conjunto de lecciones tomadas del clasicismo histórico. Complemento indispensable de esta labor serían las conferencias que podríamos llamar, con perdón de mis lectores, apologéticas del arte, las cuales se sustentarian en todas las poblaciones que, a juicio de las organizaciones musicales de cada país, ofrezcan interés. En cuanto a las audiciones periódicas de música, audiciones que podríamos llamar «populares», sería indispensable conseguir la protección de los Municipios a fin de que éstas fueran gratuitas y un tanto frecuentes.

Hay quienes habrán sonreído al leer este párrafo que, a primera vista, condensa un máximo programa en una candidez máxima al pretender la colaboración de leyes, autoridades y pobladores. Esta crítica fría y superficial de los negativistas empedernidos, de los excépticos irreductibles, de esos inteligentes que lo aniquilarían todo para salvar su egoísmo, su abulia y sus prejuicios ancestrales, no debe ser tomada en cuenta por los congresistas, pues bien saben que la obra a emprender después de terminadas las sesiones no será de catalogación sino de acción, y que las decisiones recogidas por secretaría han de ser utilizadas como materiales apropiados y herramientas poderosas listas a vencer, en un esfuerzo continuo y de desarrollo particular para cada país, la natural indiferencia de gobiernos y pueblos, con la ventaja de que esa labor constructiva obedecerá a un ideal armónico del Continente.

Otro punto. Ya que la labor crítica juega papel tan importante en el desarrollo de las iniciativas individuales, y observando que el criticismo criollo adolece de todas las exageraciones y pecados del europeo sin imitar ninguna de sus virtudes, brota espontáneamente un nuevo tema: *la orientación, con caracteres didácticos, de la crítica musical en América.* Los medios para conseguirlo darían materia especial para una memoria que no nos sería del todo difícil esbozar, ya que guarda relación y natural consecuencia con un proyecto que por su amplitud y primacía engloba estas y otras muchas cuestiones, proyecto cuyo inmenso valor no puede hallar medida sino en el tiempo. Quiero referirme a la *Federación Musical Latino-americana*, proyecto basto y complejo, cuyo plan debe ser la primera labor del Congreso Panamericano de Música; tema que hace algunos años viene preocupando nuestra atención, aunque sin hallar terreno apropiado para su cultivo. En él se consideran tantos problemas, se

POEMAS

1

Tanto pintar mi alma
me tornó, el Tiempo, feo:
Mas, el amor sumiso,
como un perro, me sigue.

2

Soy un abandonado.
Como una jaula vieja, olvidada y vacía,
he quedado sujeto del balcón del recuerdo,
hasta que en un buen día,
sobre mi cuerpo lance, su martillo,
la Muerte.

3

Como un cielo de invierno
tengo el alma de plomo;
solamente el joyero
del amor me podría
galvanizar de oro.

4

Tanto mojar la pluma
de la tristeza diaria,
el Tintero del pecho
va quedando vacío.
Cuando ya quedé seco,
lo han de llenar de tierra.

Delio Ortiz

Quito, 1927

contemplan tantos aspectos que nos atrevemos a señalarlo como anterior a todos los trabajos que ocuparán la mesa de Secretaría.

Tratándose del Nuevo Mundo, hemos dicho en otra ocasión, el adjetivo «nuevo», de evocaciones múltiples, no está condenado a significar apenas una desinencia geográfica para enriquecer el léxico de los que cantaron o cantarán la epopeya de su descubrimiento, y antes bien ese nombre nos parece un presentimiento de la historia, algo que puede traducirse por este otro: *Mundo de Ideales Nuevos*.

Al rededor de tan vitales asuntos como los que encierra la *Federación Musical Latino-*

americana, giran concepciones vigorosas que harán de ella el más fecundo y potente organismo que haya impulsado al Arte musical en el transcurso de su Historia.

Juan Pablo Muñoz Sáenz

Quito, Enero de 1927

N. de la R.—El autor del presente artículo, fiel a su tesis, prepara un proyecto acerca de la Federación Musical que será enviado oportunamente a la Secretaría del Congreso Panamericano de Música.

En Pifo: la Casa del Dolor...

IMPULSADA quizá por el deseo de querer martirizar un poco mi espíritu, he accedido a visitar esa mansión, donde un grupo de escombros humanos han sido encarcelados, han sido enterrados vivos, para aislarlos del mundo, arrancándoles de sus hogares, pues hacía mal su presencia a todos.

Por alegres y polvorosos caminos, rápidamente, hemos visto huir la admirable y pintoresca vegetación que une los simpáticos pueblitos de Guápulo, Cumbayá y Tumbaco. ¡Qué variedad de paisajes! Cuánta sorpresa agradable nos había tenido reservada la naturaleza en estos parajes desconocidos por mí!

Largos trayectos recorre el carro entre el florecimiento amarillo de los grandes retamales — que deben charlar mucho con el sol y con el aire — perfumando el ambiente con su intensa fragancia. Los tintes lilas del heliotropo silvestre alternan con el amarillo de la retama, y aunados sus perfumes, producen en el espíritu una deliciosa embriaguez íntima. Luego se ven grandes breñas que precipitadamente bajan a mirarse en las aguas del «San Pedro» que, callado, serpentea allá abajo, a una distancia enorme de nosotros: breñas verdes, breñas áridas, arboladas oscuras y lejanas. Y sentimos también la sensación fría y miedosa de pasar por extensos túneles oscuros que cortan la alegría del camino por algunos momentos para luego despertar con mayor ilusión quizá y absorber con avidez la luz que irradia nuevamente a fuera. Y continúan las verdes praderas, sombreadas por grandes agrupaciones de espinos, de arbustos que semejan raras sombrillas primorosamente trabajadas para que los rayos del sol no penetren por entre su ramaje. La frescura de los tiernos maizales, con su brillante verdura peculiar, alegres hileras de variados árboles, y diseminadas entre ellos, casitas de adobes, casitas de paja pobres, pero que fascinan en su inocente sencillez. Y, sobre tanta belleza, un sol muy claro iluminándolo todo, un aire puro, un cielo azul, una paz grande, sí, sobre todo una enorme paz que había penetrado también en mi alma, comunicán-

dome una alegría clara y precisa, que yo la sentía, pues que llevaba en mis ojos todo el paisaje brillante de una mañana de sol, con las mil variaciones y modulaciones y rimas que contiene; porque el paisaje es música y es poesía, y va tan directamente al alma que ésta se fusiona completamente, casi sin advertirlo con el alma del paisaje.

«Ahí está Pifo... hemos llegado al pueblo de Pifo...» — dijo alguien y un estremecimiento raro sacudió mi ser... pero no habíamos llegado aún: faltaba un poco. Entonces todos callamos, y anticipadamente nuestros espíritus sufrían ya la emoción de la llegada.

Biarco, grande y viejo, viejísimo empezó a aparecer ante mis ojos el edificio al que nos dirigíamos. Debí palidecer, ya no podía hablar, nerviosamente sonreía, y los latidos de mi corazón eran cada vez más precipitados... Habíamos llegado ya.

Miedo de entrar? repugnancia? temor? sí; pero disminuido todo por un enorme sentimiento de pena y compasión por los aún desconocidos moradores de esta casa. Y luego, allá... tras una teja un rostro de resignada sonrisa, al mirarnos nos saluda. Era esa una leprosa...! Dios mío! ¿es posible tanta desgracia? Mis ojos se nublaron, una profunda tristeza penetró en mi corazón. Sólo duró un instante esta visión tétrica, espantosa, pues nos alejaron para volver después. La impresión era de muerte, y mientras almorzábamos, las voces tristes de una flauta y de algún instrumento más, llegaban hasta nosotros. Qué de amarguras, qué de martirios sabían esos instrumentos que se animan sólo con el alma muerta de aquellos infelices! Una melancolía abismante, una inmensa pena, una angustia indescriptible desprendida de sus espíritus se cernía sobre los nuestros. Antes de penetrar, era preciso contemplar desde lo alto del derruido torreón del reloj, lo miserable, lo espantoso inicuo del edificio en que, seres dotados como nosotros de corazón y de alma, se agitan en las inauditas convulsiones del dolor físico y moral. Largos corredores, oscuras celdas silenciosas se veían... allá colgaba una jaula, vacía tal vez, estaba quieta, callada en su abandono:

no llegaba hasta nosotros el ruido de los macilentos e indecisos pasos de un hombre que saliendo de uno de sus nichos, se dirigía al de al lado; una machacha más allá, aritmaba su desgracia a una pared.... Había que cerrar los ojos, no se podía ver más. Pero entre tanto frío, entre tanta rigidez, entre tanto silencio, unas flores las más buenas, sin duda, habían querido sacrificar su belleza y su perfume, brotando casi sin cultivo en una tierra árida, hollada únicamente por plantas infectas, para sonreír a los enfermos, para halagar un poquito esos pobres ojos tristes, cansados de llorar; y eran como una bendición de matices, las abiertas corolas de muchas rosas, de muchos claveles.

Después fue necesario ver a todos los enfermos, poner nuestros ojos frente a los suyos, para oír qué dicen nuestros corazones, qué piensan nuestras cabecitas acostumbradas a pensar sólo en las efímeras ilusiones del mundo que, como quien hace un bien, da sólo males, y que al sonreírnos engaña y traiciona y hierre.

El dolor, el agudo dolor a veces quita las lágrimas, las lágrimas que consuelan tanto, que desahogan el corazón que sufre; y así, poco he llorado y me ha hecho mucho daño. Un gran derrumbamiento sentí materialmente en mi cabeza, un frío penetrante, un temblor interior. Creía ver, pero no veía nada, quería creer y no creía.... tenía delante de mí, luego cerquita, a ellos.... a los desgraciados seres enfermos de los que todos huyen; y tuvieron para nosotros sonrisas y palabras de gratitud. Una mujer, joven aún, era la más próxima a mí, le extendí temblando de impresión y de pena un pequeño paquete de dulces que, presurosa una deforme mano se alzó a recogerlo agradecida. ¿Qué era eso, por Dios? puede imaginarse uno, algo más espantoso y que más ternura inspire? Cómo quejarnos de nuestros pequeños dolores, de nuestras penas, después de haber visto y palpado la magnitud del dolor humano, reunido en horribles cuerpos que la enfermedad ha desgarrado, ha destruido, ha carcomido, y acabará con ellos, después de consumirlos con terribles angustias, con insufribles martirios? Y pensar que, entre los infelices que nos miran, muchos hay que no conocen, que no comprenden el por qué de su desgracia sólo creían en el dolor de su desdicha, y no esperaban remedio para sanar sus almas, llegadas como sus cuerpos, como sus miembros mutiladas, terriblemente heridas y que yacían abandonados, olvidados, despreciados

cia, y que no se conforman con ella, y que reniegan y se maldicen quizá y maldicen la mano que les ha herido.... No es esto desesperante, aterrador, horrible?

Han dejado sus hogares muchos, allá, muy lejos; han dejado el mundo, que ellos consideran un paraíso, para sepultarse vivos en un lugar amargo, duro, consumidos por la más honda desgracia; ninguna esperanza les acaricia jamás, si acaso sonríen, será irónicamente a la vida, odiando a quien no es desgraciado como ellos, y aún despreciándose entre sí mismos; nada les ilusiona; en nada creen; ellos no aman, ellos no esperan; entre estas viejas y miedosas celdas acabarán un día de morir, porque han vivido muriendo sin vivir. Qué de ternuras, cuántas quejas han exhalado sus almas en las sentidas frases con que quisieron desahogar sus corazones enfermos de sufrir! Con voces tristes, mezcladas de dulzura, de resignación y entrecortadas por sollozos sus palabras, nos expusieron la amargura de su vida, y al oírlo, un dolor terrible me oprimía el pecho, hubiera querido correr hacia ellos, colmarles de caricias, de consuelos, hermanarme materialmente con su dolor, llorar sobre ellos.... ah! pero en dónde un valor moral tan grande? de dónde sacarlo? Si el sólo acto de venir aquí, de verlos, de oír la trémula voz que surge del fondo de las ruinas de sus descompuestos cuerpos implica un gran valor. Un paso más adelante, y yo habría coronado mi deseo. ¿Por qué tenemos una desgracia que como todas las demás vienen de Dios?

Al vernos llegar hasta su miseria no exhalarian sus almas un solo grito: Justicia! Pero acaso Dios no es justo? quién penetra sus designios? La sabia y animosa y santa palabra de un sacerdote de Cristo supo acertadamente dulcificar un poco las heridas de sus almas, supo encender la fe que se hallaba extinguida tal vez en muchos corazones, dándoles esperanza, abriéndoles un sendero de claridad y de paz por el que debían seguir bendiciendo siempre y heroicamente su desgracia con la que alcanzarían un día la verdadera felicidad. Y luego todos fuimos a reunirnos a los pies del Sagrario, entonces sí, pude llorar, e implorar piedad para este grupo de seres repudiados, sin compasión del mundo, alejados del amor de los suyos, que en este lugar fúnebremente atroz, en donde todo parece más triste. Las voces de las campanas del reloj, desde el viejo torreón derruido, cruelmente sonaron en mi alma: qué tormento será para ellos, para los des-

N O C H E

¡La alegría encantada en el corazón inquieto de la Noche!
La noche es una rosa fragante de alegría.

Nadie ha exaltado sus potencias dinámicas,
Nadie ha llegado a la comprensión definitiva
del alma de la Noche,
Alma llena de honduras y prodigios,
Alma enflorada de pájaros y estrellas y alegrías campestres,
Alma sencilla y única.

Comprender el alma celeste de la Noche
es comprender la Vida.

La noche encierra todas las posibilidades,
las posibilidades de todas las larvas,
las larvas de todas las crisálidas,
las crisálidas de todos los ensueños,
los ensueños de todos los amores,
los amores de todos los tiempos,
los tiempos de todas las vidas.

Nadie ha llegado a la comprensión definitiva
del alma de la Noche.

En la noche se desnuda la Belleza,
En el cristal de las horas destila Dios su mansedumbre.
El pensamiento se hace ave
y canta en la copa de los árboles dormidos.
La inquietud colma sus ánforas de voces inauditas,
Hay en los cielos una rubia primavera de músicas astrales.
La Vida adquiere un sentido máximo de lucidez.

En la Noche florecen los grandes lotos del Espíritu.
Alcanzan su forma definitiva las verdades nuevas.
Se descubren las Américas lejanas.
¡Plasma el loco su visión en los bronceos del Silencio!

Vicente Geigel-Polanco

Santurce, Puerto Rico

graciados enfermos, cada hora que van marcando las tres campanitas tristes, que eternamente, desde su altura, los han visto vagar acrastrando la cruz de sus dolores por el amargo calvario de su vida . . . ! Al atardecer regresamos dejando en su anterior abandono a esos infelices desventurados, expulsados sin culpa del mundo de los vivos, y cuando anochece penetramos en la Ciudad entre la algarazara y el bullicio de un final de

domingo; se divertían todos, todo era alegría cuando llegamos a la casa familiar. Entraba a ella con el corazón enfermo; pues se había venido conmigo algo del angustioso dolor de esas almas; escuchaba sus lamentos, y creía adivinar confusamente el triste tañido de las tres campanitas del reloj.

En Quito, hoy Domingo 9 de Enero de 1877

L. T. R.

ACOTACIONES

Elogio del Deporte, Desdén del Deporte

NOS VANOS exclusivismos de secta, ni ciegas aberraciones de cenáculo o escuela. Prejuicios, fanatismos, ídolos falaces que podamos al menos llevarnos de calles, aparte!

Lejos de tomarlas al pie de la letra — un infeliz y socorrido modo de decir —, antes bien en todo el blanco de su alusión, en la síntesis convencional de cierto sentido congruo y restrictivo de la una, y contrapuesto e integral de la otra, ¿quién duda sino que aquellas proposiciones epigráficas vienen a constituir algo así como los dos extremos esenciales del eje sobre el que gira la obra plena y total de la pangenecia humana?

Mal podemos, pues, echar venablos y fulminar rayos y centellas contra el deporte, o digamos más bien contra una especie, una forma o modalidad del deporte, para hacernos lenguas sólo de la otra, agotar el repertorio del elogio en loor suyo y designarla *ex-cathedra* como la panacea única y universal, con peligroso menoscabo de la que, expuesta y todo por nosotros mismos en las gemonias, vinieramos luego a advertir que debe servirle de base de sustentación y cimiento indelible, y ser su punto de partida, su escudo caballeresco de acometividad y de defensa, su égida protectora, su aliada bienhechora e invencible.

Paralelamente, lo que no nos cuadra bien, lo que no cabe en la amplia periferia de nuestras humanas justificaciones es esa preterición, ese como menosprecio e incompreensión de su significado y valor ético, como olvido sin importancia que pone de relieve nuestra indiferente *pose* frente a la una, al paso que, — en la misma o pareja relación opuesta de absolutismo y aspaviento — todo lo concentramos y hacemos porque cada quisque lo absorva todo en el unilateral perecimiento por la que implícitamente hemos denominado su coeficiente, acentuando, frenéticos y estrepitosos, la supremacía, la universal y fervorosa devoción con que se va llevando la palma en el mundo.

Herbert Spencer y con él otros muchos averiguadores concienzudos de la materia, parecía ya congratularse ante la certidumbre de que "hemos alcanzado la convicción de que el cuerpo y el espíritu deben ser objeto de solicitud idéntica, y que debe desenvolverse el ser humano en toda su integridad". Y señalaba el fenómeno de la serie de siglos en que la educación tuvo por único objeto el desarrollo físico, que precedió al error contrario de los otros milenios en que se atendió tan sólo a la cultura del espíritu.

A la hora de ahora no parece sino que hemos retrogradado al error primero — muy a tono, por cierto, con la Roma de la decadencia, según se ha llegado a observar, la del furor por los espectáculos circenses y el fervor que obsede por las cuadrigas, los fieros gladiadores triunfantes y más; pero anacrónico en los dichosos tiempos que alcanzamos — y que hemos perdido hasta la noción exacta de aquel otro deporte que venimos insinuando y por el que quisiéramos abogar en forma, hendiendo esas murallas chinas, rebasando el *non plus ultra* inscrito por estos nuevos Hércules de la raqueta, el florete y el balón en los estrechos lindes de su vivir vacío, al buen tún tún; haciendo atmósfera, como ahora se dice y haciendo prosélitos para la más empeñada, la más recia, incesante y eficaz campaña que tremole a los cuatro vientos el labaro victorioso de la gran causa y las prerrogativas nobles del espíritu.

No a la clásica, impregnada de misticismo, de rigorismo y sacrapedantería; no a la antigua, aferrados a una austera, plúmbea y fría disciplina de domine o *magister*, pasados por ventura ya de moda y que por sí misma exudaba la repulsión y engendraba la fobia y renuencia necesarias para alejar de sí a la turba catecúmena y proveya; pero a la más reciente manera que empiezan a esbozar esos como zapadores de la civilización contemporánea, el empeño por difundir e intensificar el olvidado deporte bien vale por los más inquebrantables esfuerzos y los más meritorios e inusitados sacrificios.

Como que entraña el alfa y omega del destino humano; el ápice y *desiderátum*



La ciudad de Cuenca.—Vista parcial de uno de sus principales parques

de nuestra perfectibilidad, la preeminencia de Ariel sobre Calibán; la suma de nuestras más nobles y preciadas facultades y el énfasis de su acción, los estímulos fecundos de su eficiencia y eflorescencia a lo largo y más allá de nuestras vidas.

El deporte físico, con todo de sus ilimitadas y dominantes proyecciones en la esfera individual y colectiva, no es, pues, más que un medio, o no debe serlo, subordinado, reducido a sus propios límites; pero estotro deporte es algo y mucho más que eso, y en sí mismo envuelve y patentiza ya casi la superposición de un fin. Que la ardua faena que nos impone habrá sobre todo, siempre y por siempre, que ser para nosotros, de eternos sembradores, y a nadie le ha sido dado asistir a la final cumplida vendimia de sus preciados frutos. No tememos, pues, del secundario, móvil y accidental de un medio por la esencia y supeditación de un fin; no invertamos los valores y los términos; no trastornemos impunemente el orden de las cosas.

Bien sé que a la hora presente —escribía no ha mucho uno de los más selectos espíritus de la España actual— me hallo solo entre mis contemporáneos para afirmar que la forma superior de la existencia humana es el deporte. Bosquejaba apenas— esteta en el pensamiento y en la acción— su avanzadísima concepción de la vida futura o mejor, del acordado artificio con que han de afrontarla las institu-

ciones docentes y que nosotros estimamos perfectamente propinqua al trasplante aún en el campo de la autoeducación y la cultura ciudadana. Y autójasenos, por ende, la forma superior de la educación que se insinúa a nuestras almas y las cautiva como quien no quiere la cosa —o será viceversa— con la leve y amable sonrisa que difumina la amplitud del campo sereno, henchido de dones y bañado de sol y no con el rictus amargo y el desplante adusto que, por el contrario, concreta y sutaliza la finalidad preestablecida de las aulas *ad hoc*; con la gracia ingenita o recóndita de las cosas y no con el prestigio extrínseco y la cotización grosera que han sabido darles los mercenarios de la vida, los paganos del oro, los filisteos de la materialidad.

Antipoda del practicismo, del utilitarismo y aun quizá de lo periférico en la interpretación y el extravío de muchas normas imperantes y artículos de fe, en los dominios de la Biología y la Pedagogía —como la de las "secreciones internas", como la de la "adaptación al medio", cual si el medio, cualquier medio, concatenación y estructura propia del agente-hombre a quien corresponde, estuviera tampoco nunca formado en un todo de elementos o componentes *indeseables*, por acabado y perfecto—, viene a ascendir ahora las fibras más ocultas del alma humana, a exaltar lo que hay de más hondo, más íntimo, psicológico y virtual en el hombre,

de más primitivo y previo, por sobre todo aquello no representa sino "una vitalidad mecanizada y secundaria": las raíces mismas de la vida psíquica, la potencia vital primigenia, los impetus originarios y latentes que, de adecuado modo fomentados y regulados, sean capaces de conducirnos al "viraje de la Historia, hacia un sentido deportivo y festival de la vida", que lo anuncian —en frase del propio y admirado Maestro Ortega y Gasset— "obligando a una reforma radical de las ideas en este punto, la marcha de la sociedad junto con los nuevos descubrimientos de las ciencias".

Ni que decir tiene la vida completa y plena, la vida esencial y espontánea; la vida desinteresada y pura, que ha dado ya todo de sí o va fructificando a sus anchas, infiltrada de la lozana y expansiva alegría, el sano optimismo, la fuerte y fecunda abstracción del *salvaje* o *parvenú* que hubieran, por sapientísimo avatar, sin dejar absolutamente de serlo, en su primitivo fondo de fresca, incontaminada y rutilante galanura de aurora, cobrado el máximo realce en la múltiple y fundamental visión y comprensión de las cosas; y otorgando el paisaje deportivo —que llama nuestro autor— auroleado de correlativa fascinación y cabales condicionamientos, para el pleno equilibrio, y el solaz sereno, y la extrema elevación de la conciencia humana. Vida noble y fecunda, la única de veras digna de vivirse, en que ni el trabajo resulta la eterna imprecación, sino un sport y sugestivo esparcimiento, y preside omnimodamente al espíritu y en él

se abreva aún para la producción de los más tenues matices de las acciones morales, y a todas ellas les comunica el signo de su esencial vivacidad y hermosura, su elevado desprendimiento, su levedad y paleritud aristocráticas de obra prodigiosa a que hubiera dado ser y existencia el divino *fiat lux* del arte.

No la contemplaron y preconizaron en muchos aspectos —para abundar en el sufragio de los inmortales— desde el *dolce far niente* de los antiguos, hasta el heroísmo de Carlyle —tal como ellos los entenderían— y las cordiales exhortaciones de Rodó a la juventud de América?

Excelentes disposiciones, no hay duda, las de muchos panegiristas y secuaces del Foot-Ball, el Basket-Ball, el Turf, el Tennis, y otros flamantes y cundientes exotismos de la laya, para el cultivo de esta misma obra espiritual, que en su epifanía y en la primera etapa de su iniciación, requiere mayormente el ejercicio de sus actividades; si nos permiten encauzarlas por sus legítimos senderos, limitarlas en su natural extensión y duración e incorporar, por fin, al Estatuto de sus disciplinas, para el común y fervoroso culto de nuestras devociones y las suyas, a guisa del ideal postrero, más alto y nobilísimo, el *record*, según dirían ellos, de la mayor perfección y dominio del arte, en las presentes y futuras edades, algo así como el sermón laico de Próspero en la unciosa exégesis rudoana o las que el filósofo Bacon llamara enfáticamente "Georgicas del Alma".

Julio P. Mera

Ardain, 1926

LAS PALABRAS

Las palabras humildes son armoniosos vuelos
De pájaros errantes que no han venido al mundo.
Cada una posee un sentido profundo;
Hablar con sencillez es un don de los cielos.

Tienen un resplandor inmortal. Es preciso
Saber amar las buenas palabras transparentes.
Yo las amo. Conozco sus perfiles ardientes.
Cada palabra tiene su oculto paraíso.

Son arcas de milagro. Nuestros grandes anhelos
Se dicen con palabras claras. La poesía
De verdad amanece más diáfana que el día.
Hablar con sencillez es un don de los cielos.

Daniel de la Vega

✓ CORDURA

SERÁ la última fragua
la cabeza surriroja de esa extraña judía;
en los espejos móviles del agua
mi juventud se mira todavía
y agranda, tembladora, la imagen adorada de la muerta
y se yergue su espíritu como un fantasma vigilante
y sus manos de nieve van a clavar la puerta
del huerto en el que se alza el lirio de ese instante.

La última fragua. Mi alma, como un ala de sueño
no se quemó en el loco fuego de la judía.
El agua del jardín con unánime empeño
el lirio de otro instante refleja milagrosa todavía.

Inquietud de su frente de alabastro
que bajó hacia mi pena amorosa y pensativa,
mi oculto pensamiento se hizo un astro
para besar esa azucena viva.

Blancura inmaterial de sus manos. Blancura
de su beso, sin la acre lujuria de la vida.
Malena. Mi cordura.....
intoancia, perdida.

Mujer: último amigo
que aún dialogas sin voz con mi largo silencio.
tu silueta alta y fina, duplicada conmigo
lleva el sendero oculto de un resplandor inmenso.

Dulce inmovilidad en que no late al viento vario
tu corazón precioso de violeta y sensitiva;
silencio, para siempre, del rosario
entre los nudos de tus manos, mi dichosa cautiva.

Me sugieres la paz.
Sorda al tropel de los hombres te abutonas
al azahar de mi recuerdo que aspiras en el aire. ¡Mi Dulzura!;
con tus labios cerrados me perdonas;
tu pensamiento helado es mi cordura.
Soy avaro de mi alma que se duerme
contigo, sombra ya, en tu virgen mullido.
Tus labios que no quieren responderme
se llevan mi secreto.
¡Cordura del amor que se adora a sí mismo!
Muerta, lirio de siempre, el amigo perfecto.

Augusto Arias



EUGENIA MERA

Pintora de la Naturaleza

FORMAR el áureo vaso de una estrofa en un pequeño universo de luz y armonía; ofrendar el gran tesoro del corazón que arde en el santuario del pecho; sentir que el alma se expande en olas de perfume sobre todas las cosas y sobre todos los cielos; vivir en los corazones imolutos, cual lampo sidéreo, es el paraíso del poeta. Extraer, como alquimista prodigioso, en el laboratorio del cerebro el diamante de una idea nueva y engastarlo en el oro de los idealismos; librar, pacientemente, los vericuetos caóticos del pensamiento; hacer del espíritu un sol a cuya lumbré sourían las muchedumbres selectas, es la gloria del filósofo. ¿Y cuando siente el pintor la encantada alegría de los niños y la expansión de los seres privilegiados? Cuando al conjuro de su numen cree que sus pinceles se empapan en la luz multicolor de su alma y deja en el lienzo lo que aprisionaba su fantasma febril.

Oh prodigio de mano maga. Si ha estampado la imagen de una mujer, de una mujer amada, admira sus encantos. Y piensa encontrar tras las pupilas saccentantes el alma de su bien amada. Y piensa que le está sonriendo inefablemente. Y piensa que va a entreabrir sus labios tentadores, pomos que guardan un caudal de frases anhelosas y exquisitas. Satisfecho de su obra, no puede apagar la exclamación que ha subido de su mundo interior a su garganta cual si fuera eco de una tempestad sobrehumana. Y dice frases incoherentes, casi misteriosas, y ríe y canta e inquiere e interroga. . . ¿Con quién habla? ¿Con nadie! . . . Con ese algo intangible que ha salido de su ser y ha tomado formas bellas en la faz de una tela simple; con el retrato de su prometida que sólo espera un soplo divino para separarse del lienzo y caer extasiada en brazos de su creador. ¡Oh locura del genio! Y si traslada al lienzo la Naturaleza y la apoteosis de sus horizontes, parecele que has-

ta sus arterias se le inflaman como para ofrecerle nuevos colores, nuevos matices. Y allí, en la tela, queda aprisionada, reducida, encantada Natuta con todo el esplendor de su grandeza. ¡Fantasia sublime! Y el artista cree que el sol está al alcance de sus manos y que su luz es el áureo manto de los príncipes del arte; y cree que los árboles agitan sus regias esmeraldas para ofrecerle un eco de la música en que giran los astros; y cree que la cinta argentina que atraviesa juguetona los rios y la grama, está pidiendo con sus lenguas diamantinas ser el aliciente de sus ansias incomparables; y cree que el velo translúcido de oro y zafir que envuelve el paisaje magnífico, es el hábito de su genio.

Eugenia Mera de Navarro es una de estas almas privilegiadas. Vástago de una ilustre cuna—cuna de artistas, escritores y poetas—olvida por momentos las faenas del hogar y entérgase, como el sol a los valles, como el agua a la sed, a los encantos de su arte, de su inspiración, y vive el minuto, el siglo que le ofrecen sus hermosos cuadros.

Generosa de su riqueza artística, un día exhibe en los salones de "El Comercio" sus mejores telas. Y todos cuantos van por ver la obra de una mujer entusiasta, sienten en sus labios florecer el elogio sincero y exultante; y admiran a la artista y aman a la tierra exuberante de la sierra ecuatoriana.

Eugenia Mera, que ha nacido y crecido entre el rumor de las frondas, la canción del río y el aire salúblico de los campos verdeguantes de Atocha, ha aprendido a amar la tierra dadivosa y fértil. Cuántos de aquellos buenos árboles que viven en sus lienzos fueron para su niñez tierno arrullo y sombra cariñosa. Cuántos de aquellos llanos soledosos sintieron caer de su mano, la semilla que fue otro día dorado trigal y hostias para las gentes sencillas que moran en esos lugares. Y alguna vez saboreó la sangre del viñedo florido con sus cuidados.

Nosotros que conocemos la mayor parte de los lugares que sirven de inspiración a

la distinguida artista, no tenemos para ella otra frase que nuestro aplauso y nuestra admiración.

Cuando volvíamos a ver en sus lienzos los llanos áureos, los huertos paradisiacos, las sementeras en flor, los valles atraerentes y el río Ambato que corre sonoro y satisfecho, llevando en su seno la imagen de tanta maravilla, nos creíamos transportados a la idílica tierra del Tungurahua, donde la Primavera nació como en ninguna otra parte para no agostarse nunca.

Eugenia Mera es una artista, una gran artista de la Naturaleza. Alma selecta y soñadora, no va lejos, ni traspasa fronteras para buscar un tema. Su arte vive en ella y ella vive en su arte... ¿Y para qué ir lejos? Acaso este rico fragmento de América no tiene yeneros milagrosos para todas las artes? Sólo las mediocridades emigran, porque no son capaces de hallar el tesoro que está cerca de sus pobres manos y cerca de sus ojos ciegos.

La distinguida dama ambateña debe estar muy orgullosa de sus triunfos. Mañana, otro día quizá, admiraremos sus nuevos cuadros y experimentaremos la misma sensación, o una sensación más intensa. Nos imaginaremos, entonces, ver la savia poderosa que corre por los troncos de los eucaliptos, los manzanos, los duraznos, los peros; aquella savia que, nacida en el seno de la tierra, sube cariñosa por los ramos de las plantas y va a convertirse en fruto jugoso, apetecible, para luego continuar su marcha fructificante por nuestras venas y perderse, al fin, en el océano infinito de la Vida.

Ambato ha conquistado un blasón más; el blasón que le faltaba. Grandes poetas, celeberrimos prosistas ensalzaron la riqueza maravillosa de su suelo. Hoy está de fiesta como lo estuviera la divina Flora con sus hermanas olímpicas. Y canta y ríe porque tiene la artista que eternizará en lienzos su patria eternamente bello, eternamente fragante, eternamente húmedo de rocío, eternamente glorioso.

Alfredo Martínez

Quito, 1927



FRAGMENTO

del Discurso pronunciado por el Señor Doctor Don José Austria, con motivo de su recepción como miembro de número de la Academia de la Lengua de Caracas, correspondiente a la Real Española

VO VEO, señores, analogía entre la historia literaria española del siglo XVI y la nuestra. Después de Bello, quien luce más como crítico y hombre de ciencia que como poeta, la índole del desenvolvimiento literario tiene la misma forma y tendencia. Oímos a cada paso el lamento de que nuestras letras no son propiamente nacionales, autóctonas, ni conformes a nuestra geografía o a nuestros orígenes americanos. Es verdad. Pero también es verdad que para el europeo, español u otro alguno, y para el habitante de nuestras recortadas ciudades, nosotros no tenemos origen y carácter indígenas que puedan servir como materiales de arte, ni una geografía psicológica que venga de marco a los elementos literarios aborígenes. Existen, sí, nuestras espesas montañas, con sus magníficos árboles, resonantes cascadas, jaguares de rica piel y ondulante movimiento, aves que tienen todos los colores del prisma, intensificados por la clara luz del trópico; existen nuestras grandes llanuras, cruzadas por el vuelo de las garzas blancas y color de rosa, donde parecen rebaños y pita el toro, advirtiéndolo que allí él es el señor, donde corre y caracolea el ágil y esbelto caballo, uno de los más hermosos y aristocráticos presentes que América recibió de la conquista, donde el sol nace y se pone con una soberanía tan majestuosa, que la brisa pliega sus alas, asumen las cosas de humilde aspecto, los seres guardan silencio religioso, y el hombre ora; existen los grandes ríos, cuyas fuentes están ocultas en la virginidad de lo desconocido, como el propio misterio de la vida, cuyas masas de agua semejan amplios mantos de seda verde o azul, sobre cuya onda que marcha, se desliza la piragua, y donde aún la fantasía vernácula no ha puesto a cantar sirenas, pero donde si hay hervideros de caimanes; existen nuestras costas bordadas de serranía, donde las olas del Caribe tienden sus niveas bandas; pero ¿cuál artis-

ta encuentra conocimiento y material bastantes, en nuestras tribus flacas, descoloridas y silvestres, con la piel carrasposa por la intemperie, con la sensibilidad medio muerta por las costumbres enteramente rudimentarias, para dibujar un idilio, describir un estado interesante de alma, forjar una tragedia, o pintar un drama con la psicología de nuestros indios? En vano planteará la luna las ondas fosforescentes del mar y el terso manto morbido de los ríos, en vano colgará del azul zenit como una lámpara mística sobre las praderas dormidas, en vano, surgiendo sobre el perfil de la montaña, parecerá una hola incandescente que va rodando hacia el valle; nuestros más hábiles e inspirados poetas no pintarán sobre tan magnífico escenario, con colores atrayentes, aun empleando términos y modalidades indígenas, los amores trágicos de la hija del cacique, o la triste inmovilidad del indio desengañado y enfermo de pasión. La obra será como la visión cinematográfica de un espectáculo lejano, que nuestro espíritu no comparte, y que no levante por consiguiente la emoción estética en nuestras almas. Aparte de que, al parecer, el indio huye de nosotros como si estuvieran vivos y palpitanes en la oscura memoria de su raza los recuerdos del siglo XVI. La gente aborigen está lejos de nosotros, aunque viva en el bosque vecino; y cuando alguno viene a los centros urbanos merced al movimiento demográfico, se convierte pronto en elemento ciudadano. Nuestra vida social, nuestra literatura, es europea simplemente, hasta donde puede un reflejo tomar el nombre de la claridad que lo produce; por lo tanto, hay necesidad de que vivamos enteramente de acuerdo con las ideas para que nuestras artes no resulten el reflejo de un reflejo.

Lo mismo que para España, el siglo XIX ha sido para nosotros una época de fermentación de ideales y, por consiguiente, una época de crítica. Esos ideales va-

gos e incompletos y puestos en orden por la crítica, han venido saturando el ambiente y disponiéndolo para la llegada de los creadores. En efecto, si nuestra literatura es un reflejo de la europea, es también, por esa misma causa, una obra de crítica, una difusión de ideas. De modo que, a no dudarlo, en pos llegará el tiempo de la creación. Los artistas vendrán, o tal vez están viniendo, para realizar la obra del porvenir. Si hay naturaleza y humanidad aquí, hay materiales para el obra. ¿Acaso no existen dramas entre nosotros? ¿Ha nido por ventura en Venezuela el lado cómico de la existencia? No. El artista encontrará por ahí algún Hamlet o su equivalente criollo, meditando a la sombra de una pared ruinosa o de un árbol en la vuelta del camino: estoy seguro de que descubrirá más de un Yago: abunda nuestra historia en caracteres tan interesantes como el de Macbeth, y no faltarán por ahí las brujas y tal cual matrona, capaces de conducirlo y empujarle por los caminos de la tragedia: si hay corazones masculinos y reinas de la seducción, coquetas y hábiles, y encantadoras niñas apasionadas, habrá también Antonios y Cleopatras, y las Juliets y los Romeos serán el encanto de las estrellas. El Quijote aparecerá con los artistas que han de reencarnarle y que hallarán seguramente íntegro, en toda la plenitud de su sentido común, el tipo de Sancho.

Con la revolución de independencia entró también aquí la corriente vivificadora, y en ella respiraron nuestros escritores: Baralt, que semejante a Bello, se aparta de la Patria y véase a trabajar su jardín en otro suelo; Fermín Toro, quien se presenta como el más cumplido caballero de la cultura clásico-moderna entre nosotros; y cuya suntuosa palabra y cuya no menos suntuosa pluma regaban aquí con elegancia perfecta los pensamientos flamantes de nuestros días: Juan Vicente González, cuyas pasiones tenían el ímpetu y la fuerza de la vegetación del trópico, y brotaban en borbotones como los torrentes de las montañas, cuyos panegíricos encerraban la música del arte y el sabor de la gloria, y cuyos anatemas, como los de Roma, querían hacer temblar en el fondo de la conciencia a los que él pensaba heterodoxos del culto de la Patria: Cecilio Acosta, cuya exquisita inteligencia tomaba sus ideas y sus asuntos de las más puras y clásicas fuentes del pensamiento moderno, para proponerlos a la sociedad y a la política de su país, y cuyo estilo, de claro abolengo espiritual, donde parece que se vierte tamizada la prosa de Saavedra Fajardo, no

revela de criollo sino el corazón doliente que le comunicaba fuego, y no le produce sino una gloria pálida y una vida humilde, que, casi malograda, se desvanece como un limpio copo de neblina en los flancos del Avila.

En realidad, ellos no fueron sino críticos; y a su vez la crítica no les presenta como los más altos sembradores de ideas, como las cumbres de su tiempo, que se divisarán siempre, cualquiera que sea la lejania del horizonte. Y todos pusieron brillo en el idioma, contribuyendo así por su parte al desarrollo y perfección de la lengua castellana, sin violar en lo mínimo su integridad ni su índole; y esto nunca será bien agradecido. No que se pretenda un anquilosamiento del lenguaje, que sería mortal tratándose, como dice Bello, de un organismo vivo y en movimiento, como es el habla de un pueblo, con cuya evolución es consubstancial e inevitable: es la necesidad perentoria de mantenerlo puro lo que se exige, como la necesidad que tienen los artistas plásticos de buenos materiales para trabajar, mármol firme y compacto, metales nobles, pasta fina de pintura y apropiada tela; pues el expresar las ideas y las sensaciones por medio de la palabra constituye — tengámoslo a orgullo, señores académicos, — el arte supremo. Porque si la vida, según el modo de pensar de un esteta moderno, tiene tres categorías, a saber, las ideas, los sentimientos y los instintos, y la obra de arte, que es su confluente, ha de tener en consecuencia un cuerpo típico, un alma patética y un sentido espiritual, siendo el tipo la síntesis en la forma, lo patético el sentimiento puesto en actividad y la alegoría la expresión plástica del concepto, así una página literaria reclama la armonía de la música en la composición, la escultura en la descripción de los cuerpos animados, la arquitectura en el dibujo de las cosas y en la construcción literal, así como en el trazado de las figuras geométricas, y lo patético en la exposición de las ideas y en la expresión de las pasiones y de los sentimientos, para que resulte completo el estilo y acabada la significación de la obra. Lejos, muy lejos está, quien ahora los proclama, de realizar esos principios; mas, afortunadamente, no faltan en Venezuela adalides que hayan mantenido dentro de cierta esfera literaria el decoro y la tradición de la lengua castellana.

En este sentido, en el púero desempeño de sus funciones académicas, en la firme, constante vigilancia con que su espíritu crítico las mantenía incorruptibles,

fúndase la indiscutida honra y el justo renombre de don Julio Calcaño. Pertenece este literato culminante a la generación de portafolios y escriptoros que principió a dar su luces en la segunda mitad del siglo pasado, y como todos ellos, y más que casi todos, fue hábil y certero crítico... Pero acabó de imaginarle llevando una lira en la mano, y a esta sazón conviene hacer un alto.

Es muy curioso ver cómo los hombres que se han distinguido en la literatura venezolana padecieron veleidades hacia el metro y la rima, sin tener para el verso las aptitudes requeridas; por manera que no puede uno limitarse a observar y hacer presente que no es poético el espíritu venezolano en el sentido cancionista o lírico de la palabra, sino que debe dolerse de cómo a la vez de tanta prosa digna, sea obligatorio colocar en la historia literaria tanto verso inútil, en cuya calificación podría un burlador ameno y maligno agotar los adjetivos picantes. Es como si no pudiéramos expresar en llana prosa los imperios musicales que sentimos adentro, y la tomamos por versificar trabajosamente cuando nos ponemos inspirados; y gracias a la consabida inspiración y a un poquito de vanidad, rompen a cantar en las fronteras, y en los aleros, y en nuestras cuartidas de papel, no tan siquiera los dios-tesdés, los azuleros o los chirulies, más los propios ruitesores que juntan sus melancólicas trinos al rumor de las aguas del Rhin, y lucimos otros muchos asideros exóticos para el consonante y para la imagen, como las mieles bíblicas y las arpas colicas, prestadas rutinariamente por la imitación a los pseudo-clásicos. Sería ocioso advertir que no me refiero a poetas cuyo canto es ilustre, ni a rimadores de mucha nota en nuestro reducido parnaso, sino a los malos versos, por ejemplo, de Cecilio Acosta, a los peores de Fermín Toro, a los pésimos de Juan Vicente González, y a tantos más que todos conocemos.

Más, ¿no deben cantar los que sienten la inspiración? Si absteniéndose han de sufrir mucho, pues que canten; si la maravillosa y rozagante amplitud de la prosa no les basta, pues que pongan en rima sus decires azucarados; pero me parece que las damas, por lo general más o menos involuntariamente movedoras de tales claudicaciones poéticas, han de preferir la buena prosa, plena de armonía y vibrante de sentimiento, a los versos convencionales donde hay ruitesores desconocidos, mieles bíblicas que no se han probado nunca y arpas colicas que no suenan... Y en España, ¿cuántos trovadores de bandolín destemplado, que han sabido manejar la prosa!

José Austria

LA BOTICA "UNIVERSAL"

BUJIAS CALOMEX
TUBITOS DE PREVENCIÓN

Lo que el DOCTOR VE



SPIROCHETA PALLIDA

CALOMEX
BUJIA PREGADICA

ESTE TUBITO DE FACIL MANEJO
LO HUBIESE PREVENIDO.

Recomendado por una mayoría de los médicos militares para el ejército. El sentido común se lo escape a Ud. Prevenga y evite la intinidad de molestias tan comunes en los hombres

DE VENTA EN LAS FARMACIAS PRINCIPALES

está atendida personalmente por sus dueños que son farmacéuticos.

Es la más acreditada de la capital porque vende drogas puras, frescas y legítimas. Visítela Ud.

Se halla situada en la Carrera Guayaquil, plaza del Teatro Sucre.

Casilla de Correos Núm. 13

TELEFONO 6-9-5



KOLYNS

Al Margen de los Libros

LA SANDALIA DEL PEREGRINO, por Víctor Hugo Escala

CUANDO dice la Condesa de Pardo Bazán, que Bernardine de Saint-Pierre halló por primera vez, dentro de la literatura francesa, emoción en el espectáculo de una comarca distinta de las civilizadas, se nos ha abierto el panorama íntimo de un mundo plegado en sí mismo. Hasta el romanticismo, que despertara la curiosidad hacia todos los paisajes, cada país vive su vida y la trabaja en todas las disciplinas. El mundo de Colón, la enorme civilización oriental, el pasado humano, a nadie le interesa. Es menester que la fuerza creadora del romanticismo agite las almas extrañándolas en el vehículo martirizante de su más fina sensibilidad, para obtener que la literatura se ensañe más allá del propio solar, hasta lo fantástico.

De los grandes viajeros a través de la propia alma, vamos, sin mucho tiempo para la preparación del salto, a los grandes hurgadores de la fisonomía universal, Gérard de Nerval, Fromentin y, sobre todo, el que había de condensar después su visión estética y su idea de objetivación de la naturaleza, en el arte, maravilloso por la sorprendente intensidad plástica, de sus *Escritos y Camaleóns*, Théophile Gautier.

Como este arte, aquellos relatos de viaje son fríos, cerrados a la idea y el sentimiento: una cinta panorámica de relieve y color exteriores. A dotarle de un cerebro y un corazón, viene Lotfi, con su don de poeta inmenso. Descendiente inmediato de la gran familia romántica, en una época que acababa de atemperarla, en sus nervios de irritado sensitivo, la ducha helada del realismo, mezcla sangre lírica y pasión de hombre en el relato, en la novela, en la impresión peregrina, y, psicólogo y humanista, nos pone en los labios, desde el fondo de sus obras, la copa de una filosofía triste.

Y es el emperador del exotismo. Y es el padre de los errantes posteriores, en cuyos ojos y en las huellas que pasan dejando sus plantas, hay no sé qué herencia amarga de Ashaverus....

Y hemos de venir a parar, a detenernos, tras esta búsqueda ligera e imprecisa por la literatura nomada, —debido a un natural espíritu de observación—, frente a un nombre y un libro, muy gratos, por cierto: Víctor Hugo Escala y *La Sandalia del Peregrino*.

Simpática figura la del joven diplomático, uno de los espíritus más inquietos del Ecuador actual, quien ha llegado a especializarse en la crónica de viajes. Literatura en sí misma afectada de superficialidad y de valor relativo, cuando escasean en ella la atención psíquica, que es como la justificación del trabajo visual, el ardor lírico que la redime, y el fondo pasionado que la encanta y pone en el rico pomo de oro del arte, aroma humano, convirtiéndole en obra duradera. ¿Conviene con estas cualidades el último libro de Escala? Sí y no. Porque, desgraciadamente, esas andan dispersas en el tomo. Hay que encontrarlas saltando, huyendo a vuelo de ojo y con secreto instinto, del comienzo de frase que nos lleva a una fatal caída. Y aquí queremos consignar un desagrado. El señor Escala justificará nuestra franqueza por el propósito sano. Esos dos o tres capítulos, que otros han tomado como una notación cordial, una recomendable sandade del ausente —los recuerda en el continente asiático—, sobre la antipático *pepa de oro* y el no menos antipático *arbolito de la goma*, —antipáticos, y más en una fronda de poéticas formas—, lástima, junto a hermosísimas páginas inspiradas, que son todo un triunfo, acaso el mayor de los triunfos literarios del escritor ecuatoriano, por lo sugerentes, de emoción subida, algunas de una encendida dulzura lotiana y de impecable forma, como cualquiera de las mejores líricas de Ventura García (la *Salutación al Otoño*, por ejemplo) o de Gómez Carrillo, profusas en su obra; tales—de Escala— las que respetan al iluminado poeta de la India, o aquellas de la Yungla y del Gange—, toda la serie india—, rumorosos y trágicos, donde, por virtud de una pluma mágica,— ocasión en que no queda defraudada la virtuosidad de la palabra—, toza a

cada peso el ala del misterio y atisba— un ojo redondo— la muerte y extiende su velo pesado el Oriente. Artículos exentos de belleza y de toda preocupación artística, de índole netamente comercial y de propaganda de nuestros malhadados productos, que bien los hubiera ofrecido mejor en cualquier revista de por acá, para *sabor* de la costa, o de la *cota*, para particularizar este gusto, con tal decir típico, en esa parte del pueblo costanero, cuyo blasón lo forman una cabeza de plátanos, un machete cruzado y remate del trópico grupo, el fresco jupijapa. Por lo menos, nosotros, los hemos arrancado del ejemplar que orna nuestro anánel de literatura nacional.

La carencia de unidad emocional y artística resta el concepto que pudiera dar al libro lo de magnífico que posee. Porque tiene páginas admirables, repetimos, que contrastan desmedidamente con otras, débiles de construcción, sin fuerza anímica ni savia cordial y en veces prosaicas — en ciertas expresiones sobre todo—. Y esto lo decimos, se nos ha de creer, en razón misma de la altura y la pureza de las trimeras y del alto talento y la cultura de Víctor Escala, fuertemente dotado ¿quién como él en el Ecuador? para el género.

Potencia descriptiva, señoría de la forma purificada, pujanza lírica, adentramiento en la carne autóctona de la comarca que visita o del pueblo que mira, desbordan capítulos enteros.

De paso: La escena del asalto de los piratas, por el colorido y lo plástico de la descripción, revela una mano segura de maestro. Así como el título casi alucinante que abraza aquel capítulo, *El Fakir de la Botánica*, nos lleva a la desilusión, por la atención escasa prestada a un asunto de

suvo curiosísimo y de gran valor científico.

¿Quién no dirá que la riqueza de sentimiento y, en mayor grado y carne de esa vestidura, la penetración psíquica en la naturaleza, en el alma del individuo como del pueblo, por el estudio y el análisis, hacen de la obra de Lotti, precisamente, su valor máspreciado, su verdadero valor, su mejor valor? (Exclusivo no se puede decir, porque, a más de eso, tiene todavía su gran estilo, creador de otro mundo de ideas y de sentimientos). Al hablar sobre este valor, crítico ha dicho, no sin razón, que la obra de Lotti es la mejor tesis, demostración de la inaceptabilidad de una civilización común a todas las razas, de semejantes en el plano más remoto.

Tenemos para nosotros, pues, y no será esto una novedad, que el cultivo de este género de literatura, de no reunir condiciones como las que hemos señalado y apuntado, haciendo justicia, en el reciente libro del señor Escala, corre el riesgo de pesar un adarme en la balanza de las valorizaciones del ingenio humano, que no es para desperdiciarlo —nos referimos a los términos del género— en una producción vacía e inconsistente, y se habrá perdido talento y se habrá perdido tiempo.

La Sandalia del Peregrino, marca además, un paso enorme, una doble evolución triunfante, cuanto al espíritu y el estilo del anterior: *Kaleidoscopio*; observación que se anota al margen, no acabada aún la lectura de la primera página.

Manuel Céspedes O.

Quito, 1926

HUERTO CERRADO, por Rafael Vallejo Larrea

UNA de las tendencias de la poesía moderna es volverse cada día más introspectiva, para alcanzar de este modo la floración del más puro lirismo. Y nada más adecuado para llegar a este nacimiento espiritual que la complicitad de la vida de provincia: en medio de su quietud exterior se despierta el alma de selección atormentada por el dolor de vivir, por el sentimiento trágico de la vida. Presa en la soledad de la provincia, siente llegar, en alas de los vientos, rumores del mar, encantadoras voces de sirenas, y todo esto hace que las miradas se claven en el cielo, este otro mar azul, y se posen en

las manos las cabezas soñadoras, y se suspire hacia las estrellas, soñando ensueños tantas veces soñados, ensueños de amor, de felicidad, de gloria. De tanto soñar viene el mal del bovarismo, esta incomformidad con la propia suerte, con el medio circundante, y esta ansia insaciable de ser distinto de lo que se es, de poseer lo que no se tiene. Es la eterna pasión de lo infinito, la pasión prometeica, que ha vuelto del hombre un dios y un demonio, un ser monstruoso que sueña en la perfección de todo y que llora y maldice al ver lo finito de todo. Quien llega a sentir este infierno se muere de aburrimiento, de un

noble aburrimiento, y del más negro espin, o alcanza la serenidad por medio de la resignación. Es cuestión de temperamento más que de cultura. Byron no se resigna: llora, maldice y blasfema; viaja impulsado por el ensueño, en pos de la felicidad, y, al fin, viendo la miseria y vanidad de todo, va a morir en la tierra divina y heroica, en la tierra donde debía haber nacido. Samain no maldice ni blasfema: llora y se resigna ante la fatalidad del dolor, no lucha contra el destino ni esquiva sus golpes; tiene pasividad y delicadeza de mujer. Si hay almas femeninas, decía el poeta de las *Elegies*, una de ellas es la mía.

Vallejo Larrea puede decir lo mismo. Es de la familia de estos temperamentos tímidos y melancólicos, como Samain, Rodembach, Van Lerberghe... Su timidez le aleja del ruido horrible del mundo, del trato con la gente. En sus versos no se hallan alegrías de fiestas ni coloquios sentimentales. Su melancolía le hace que abandone los parques soleados, los salones sonoros de músicas y de risas, y le hace que busque los jardines solitarios, los estanques dormidos, bajo un claro de luna mágico y melancólico, las calles silenciosas y las casas vacías, en donde las lágrimas de las cosas despiertan en el corazón ternuras vagas que se vuelven lágrimas en los ojos, al recordar los días que pasaron con la ronda harmoniosa de las horas que brindaban ventura y, lo que más vale, promesas de venturas. Para su inquietud y tristeza no pide el nepente a las personas vivas; la naturaleza tácita, pero llena de alma expresiva, tiene para él voces calladas y consoladoras, y las amadas muertas reviven en las estancias en donde vibra todavía el eco de sus palabras.

Es el poeta de la provincia. Hay poetas que han cantado los jardines, la vida del campo, los recuerdos de épocas preclaras, la belleza de los trópicos; él canta la belleza de la vida de provincia, de la provincia que hace exclamar a Genty:

¡Cuánta inútil poesía sin la lira de un poeta!....
¡Sobre la ciudad, qué encanto, y cuánta dicha se-
(creta!.....

Vallejo Larrea es dueño de sensibilidad moderna. Ama el matiz en todo, la *nuance*, tan francesa y exquisita. Huye de lo detonante con refinado sentimiento aristocrático. Le gusta el tono menor, la música a la sordina, el silencio, la penumbra. En Rodembach encontraría un hermano espiritual, cuyas inclinaciones acordaran con las suyas; con igual delicia pudiera

musitar: *Douceur du soir, douceur de la chambre sans lampe*.... Hasta el sol, el divino Hiperiónida, pone un velo de claro de luna sobre la gloria de su carro, para llegarse a la mansión de este poeta extenuado, convaleciente de exquisitos males. En el Brasil, a este poeta, que orgullosamente quiere estar fuera de toda escuela, le llamarían penumbrista.

Si, Vallejo Larrea es dueño de sensibilidad moderna. Cuánto ha cambiado la sensibilidad desde los tiempos homéricos en que se sentía todo lento y ordenadamente, quizá de un modo normal, hasta los actuales tiempos baudelerianos en que todo llega al cerebro, a través de los nervios gastados, por modo confuso, desordenado, vertiginoso, en forma de sinestesias (1). Los sentidos afinados hasta la agudeza se despiertan a la menor excitación de uno de ellos, y vibran y transmiten sensaciones de otros sentidos, que toman carácter propio: los olores se vuelven colores, los colores sonidos, los sonidos impresiones táctiles... El silencio Carducci lo verá verde; Baudelaire hogará en los perfumes; Rimbaud verá los colores de las vocales... Y Vallejo Larrea, como Sénancour, sentirá palabras en los perfumes de las flores.

Todo esto prueba lo artista que es este poeta, cosa no vulgar en nuestras tierras donde abundan los poetas espontáneos que echan a perder su don sin cultivarlo con la severa disciplina del arte. Hay secretos maravillosos que sólo el arte descubre en la palabra, en el ritmo, en la melodía, hasta hacer con el verso orquestaciones ricas y variadas, y creaciones de poemas naturales y palpitantes, como las cosas bellas y palpitantes de la naturaleza.

Vallejo Larrea es uno de los pocos poetas ecuatorianos que tienden al arte exquisito. La idea, el sentimiento van en su poesía paralelos con el ritmo. Aún más, hay un ritmo interno que marca la idea, el sentimiento hasta adquirir el valor de acento bien timbrado, de gesto patético y bello. Todo esto se halla, por ejemplo,

(1) Una sola vez se trastorna esta sensibilidad en Homero, cuando narra la exaltación de Odiseo, que resuelve muchas cosas en su espíritu y vacila en la resolución; entonces dice: El corazón desde dentro le ladraba. — Pero como si la inteligencia triunfara sobre la tumultuosa pasión, vuelve sobre la metáfora, y aclara y ordena el pensamiento, acudiendo a la comparación: Como la perra que anda al rededor de sus tiernos cachorros, ladra y desea acometer cuando ve a un hombre a quien no conoce; así, al presenciar con indignación aquellas malas acciones, ladraba interiormente el corazón de Odiseo.

en esta poesía, que para mí tiene una belleza sugestiva, melancólica, exótica; la belleza que debe de tener el edelweis brotado en la soledad de las nieves; la belleza que debe de tener una romanza cantada en la soledad de los fjords; en esta poesía de nombre tan triste y bello, como un claro de luna: *Cuando yo sea viejo...* Algún crítico, gustador de sutiles bellezas, recogerá este pávido y azul edelweis cuando recoja las cien mejores poesías líricas del Ecuador.

Cuando yo sea viejo y venga como esta noche
a mirarme en el agua,
he de encontrar que tembala
una larga barba blanca....

Cuando yo sea viejo, y venga a buscar tus ojos
como ahora, en el agua,
sólo he de ver la luna estremecida
junto a mi barba blanca....

Con los ojos en sombra, y las manos rugosas
hundidas a la sombra, he de buscar tus manos;
y he de sentir que el viento va llevando hojas secas
en mis rugosas manos....

Cuando yo sea viejo, y venga como esta noche,
para buscar la sombra del paisaje en el agua
he de ver como el agua se lleva por la noche,
—tal se llevó tus ojos—,
el temblor de los cielos,
el temblor de la luna,
y el de mi barba blanca....

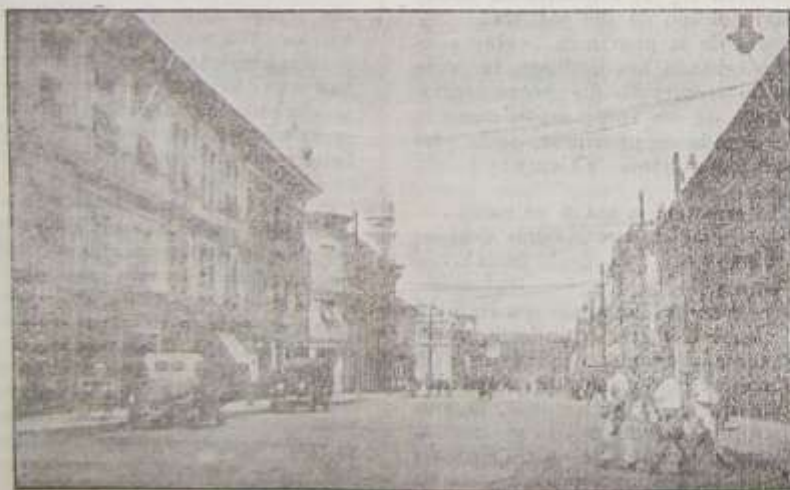
¿No se sienten estremecimientos espirituales, excelsos arrebatamientos cuando pasan estos versos arrancando de las cuerdas de la lira del corazón divinos sonos,

que dejan vibrando el aire con melodías armoniosas que sugieren vaguedades de ensueños y recuerdos, nostalgias e imposibles ansias?... Cuando yo sea viejo, dice melancólicamente el poeta, que por haber amado mucho y soñado mucho más, sabe las desoladas verdades que enseñan los Eclesiásticos de todos los tiempos, y se inclina el rayo de luna de la melancolía en los parques interiores; y palpitan en los versos imágenes de agua ondulante y plateada, de cabezas temblorosas de sufrimientos.... Cuando yo sea viejo, repite melancólicamente el poeta, y repercute su eco en lo más hondo del alma; es un fantasma tétrico e inquietante que penetra en el laberinto espiritual, escalofriando y despertando dulces fantasmas dormidos; surgen de la sombra ojos amados, ojos pardos en cuya claridad sonreía la vida con promesas de felicidad nunca realizadas.... Cuando yo sea viejo, vuelve a repetir melancólicamente el poeta, y ésta como aliteración dantesca anunciadora de las puertas del inferno, —*per me si va tra la perduta gente*,— inunda el alma con su acento de desolación y misterio; y queda el alma arrojada en la más cruel soledad, en la soledad espiritual, bajo la noche divina y misteriosa....

¿Para qué seguir comentando estos poemas delicados y sugestivos? Los poetas y los poetas que callan no necesitan de críticos que glosen las bellezas de los libros bellos. Los otros hombres... A los otros, ¿qué les importan las margaritas?...

Harold Borgia

Cuenca, Ecuador



Guayaquil Moderno.—El Boulevard 9 de Octubre

LA ORACION POR TODOS LOS ARBOLES

BAJO la bóveda del universo el sér más bello es la mujer y el árbol el más bueno. El no sabe de las pasiones de los hombres. Es humilde, tranquilo, sabio. Antes que los caldeos, él describía el curso de los astros sobre la cima de las montañas. Es el símbolo de la sabiduría; sus raíces más hondas escuchan la lenta oscilación de los ejes del planeta y sus ramas más altas el rumor de las estrellas. Dijérase el gradífono de la creación.

El árbol es el sér más armonioso. Pigmeo o gigante, lo principal es ser armónico. Está educado en la armonía sideral. Es amigo del Sol y de la Luna, del aire y de la libertad. La noche lo llena de melancolía, pero entonces musita plegarias, como cantos de Osián. Su tallo contiene la clave de los clavicordios, las guitarras y los violoncellos. De un fragmento de caña hizo el dios pan la primera flauta. Las aves buscan por la noche los árboes porque les gusta dormirse arrulladas por sus músicas.

El árbol es el sér más humilde. En la aurora sus hojas se entreabren como millares de castos labios para bendecir la creación, y a la caída de la tarde se inclinan acatando la suprema voluntad. El hacha lo desgarró, el fuego lo aniquiló. Guattemoc en la hoguera prorrumpe en un reproche heroico contra sus matadores. El árbol hecho escua se ilumina con una extraña luz, superior al destino.

Es el sér más útil. Desde la raíz a la copa su sangre y su cuerpo son la constante comunión de los seres vivos. Sus mínimas partículas vivifican la sustancia gris del cerebro. Le da la vida a quien le da la muerte. Y el pensamiento humano, la línea parabólica más honda que se atreve a medir el espacio, se refuerza en presencia del árbol. El buen Luis IX, ideal de los reyes medievales, se sienta bajo una encina para impartir justicia; la voz más secreta de la naturaleza, en donde palpitan los eternos gémines, baja a sus oídos en el rumor de las hojas.

El árbol es el supremo inspirador y el supremo consolador de las heridas del alma. Los profetas subían a las montañas y entre

el rumor de las frondas recogían la voz del porvenir. Newton, meditando bajo un árbol, arranca a la mecánica celeste sus secretos. Hernán Cortés llora al pie de un árbol.

Es el supremo vencedor. Un bosque, convertido en máquina de guerra frente a los muros de Troya, logra más que el brazo de hierro de Aquiles. El triunfo de Julio César sobre Pompeyo, es anunciado por un árbol, que nace sobre el dorso enlosado del templo de la victoria. En el tope de los mástiles silbaban triunfantes las hondas hertzianas. En lo más alto de una rama se prende un lábaro o una bandera. El árbol triunfa hasta de la muerte cuando se hace cruz para los redentores.

Es el supremo amor. En un paraíso lo principal son los árboles. Pablo y Virginia necesitan para su amor sin atardeceres un marco de fuentes suaves pobladas de árboles generosos. Odiseo, hijo de Laertes, se olvida por un momento de sus deberes, de su patria y de su hogar, entre los brazos de Calipso, hija de Atlante, pero los dioses decoran antes la mansión de la ninfa con viñas florecientes cargadas de racimos en sazón y dulces bosques de álamos, chopos y cipreces olorosos. El soberano Apolo, hijo de los más fuertes amores de Zeus, nace al pie de una palmera. La férvida mitología quiere en cada página idílica una encina augusta de tiernas hojas, prados de violetas y apios silvestres, bosques trémulos y colinas adormecidas de laureles.

Es el supremo maestro. La selva da la lección de la unidad y el poder de la acción conjunta, con sus troncos apretados para resistir los siglos, los huracanes y las tempestades. El árbol solitario es la lección de la filosofía. El pino hace amable la fiereza de la peña. Hasta al dolor sirve; el sauce forma manantiales generosos con sus lágrimas.

Los Mayas, los primeros americanos en la cronología y la civilización, amaron el árbol. Los primeros dioses tuvieron un sueño de oro, y el maíz fue creado. Un grave rey quiso una victoria inmortal y bajo sus manos brotó el cacao. Un pueblo sabio trabajó varios siglos, y en recompensa los dioses buenos le dieron el árbol del algodón. En

el Libro Sagrado de los quichés, los más benéficos hijos de los dioses fueron muertos a manos de los hijos del mal, y sus cuerpos enterrados al pie de un árbol y sus cabezas colgadas de las ramas. Y aquel árbol retolaba con frutos grandes como calabazas y dulces como la rubia miel. La cólera de Huracán y Cabracán, los dioses más pérfidos, tronaba en los volcanes, en la cima hasta donde los árboles no llegaban.

Pero, sobre todo, el árbol es el supremo arquitecto. Construye albergues para los hombres y sombra para los peregrinos. Construye religiones: en una vigésima secta del budismo, el árbol es el dios supremo. Los egipcios consagran el pino y el álamo a su dios Chnum, creador del mundo. Dos ramas amarradas en aspa son el cristianismo. Construye la crónica y la historia: en su corteza se graban los hechos humanos y son transmitidos de siglo en siglo. Construye civilizaciones: un tronco horadado cruza los mares antes que la carabela de ayer y el acorazado de hoy. Sus ramas construyen ciudades. Los milenarios *big trees* de California están sirviendo a los filósofos de la historia para reconstruir la marcha de las razas y las inmigraciones. El árbol es reconstitutivo hasta cuando muere. Sus últimos despojos le dan vida y calor al hombre y sus cenizas frías son el semillero de nuevas vidas. Toda la vida sobre el planeta puede sintetizarse en un árbol.

Niños: Amad el bosque, sembrad el árbol. Vosotros no podéis defenderlo de sus naturales enemigos: el rayo que gasta de las cumbres, los insectos que se multiplican en la blanda inquietud del bosque, Los roedores que taladran, las serpientes que se enroscan. El Dante vió en la selva oscura todos los horrores secretos del que lleva el pensamiento en los cielos y tiene que hundir las plantas en la tierra.

Pero vosotros podéis librar al árbol de su enemigo más terrible, el hombre. El hombre que destruye bosques mejor que el rayo y mejor que el rayo quema hasta las esperanzas de los nuevos brotes. Vosotros podéis salvar el árbol si en vuestros corazones va-

lientes, como el ave en el verso de Hugo, sobre la rama que cruje cantáis el himno al árbol.

Niños, sembrad el árbol. Acercaos al árbol, que os tiende los brazos henchidos de amor, como otrora el dulce Rabí Joshua en los huertos de Genezareth a la hora de las parábolas, cuando las palomas revuelan lentamente sobre las cabezas, crepita la llama sobre la espiga que madura y los blancos lirios se tificen con el rubor de los crepúsculos. Meditad bajo su sombra. Seguid el vuelo de los pájaros y el curso de los astros en la punta de sus mástiles. Contemplad la armonía de los volcanes a través del follaje. Nutrid vuestras almas en el verde de las hojas.

Niños: Rogad por todos los árboles, que son, como vosotros, la alegría, la inocencia y el porvenir. El árbol os pagará vuestro cariño y vuestro cuidado. El os dará laureles para vuestras frentes y más tarde guirnaldas para la tumba de vuestras madres y mirtos y jazmines para la frente de vuestras novias. El os dará agua y pan en los desiertos de la vida. El será vuestro guía y vuestro amigo en los caminos y las montañas. Y cuando llegue la hora en que la madre tierra recoja vuestros cuerpos, en el eterno regazo, un árbol señalará vuestro lugar de descanso y por su savia ascenderán luminosamente vuestras cenizas para confundirse en la armonía sideral. Y el alma inmortal trinará en la punta de una rama, como una flor. Y por las noches, a la hora en que el céfiro desciende sobre las tumbas, las ramas se agitarán dulcemente sobre los hilos de las estrellas, suspendidas, como cuerdas de oro, sobre el follaje, y en los ámbitos eternos se desgranará la música de un violín extraño.

Niños: Rogad por todos los árboles. Como el viejo Maya en la corteza del amatle, grabad en vuestros corazones esta sentencia: «los maestros y los sembradores de árboles son los profetas de los tiempos nuevos.»

Virgilio Rodríguez Vela

(De «Pensamiento y Acción»)



Concurso Nacional de Literatura

La revista "América" abre un Concurso Literario Nacional para solemnizar el XCV aniversario del nacimiento del Cervantes de la América Hispana,
Don Juan Montalvo, el próximo
13 de Abril de 1927

CONDICIONES DEL CONCURSO

- I.—En el Concurso pueden tomar parte todos los escritores de la República.
- II.—Hay dos premios, ofrecidos por el Sr. Presidente Provisional de la República, Dr. Isidro Ayora, para los dos mejores libros inéditos, de tema libre, que se presenten al Concurso: una medalla de oro y la publicación de la obra premiada, para cada libro. — La publicación se hará siempre que así lo pidiere el Jurado.
Los premios se concederán al libro de poesías y al de prosa, que hubieren merecido la aprobación del Jurado.
- III.—Se considerarán como inéditos los libros de poesías que no estén reunidas en volumen, aun cuando algunas de ellas se hayan publicado en revistas y periódicos; las novelas de las que hayan aparecido algunos capítulos o las compilaciones de artículos literarios de las que se hubieran publicado algunos de ellos.
- IV.—Otros dos premios, ofrecidos por la Colonia Ambateña, se destinarán para los dos mejores trabajos en prosa y verso, respectivamente, debiendo adjudicarse a las composiciones en verso y prosa, de tema libre, que merezcan tal distinción.
- V.—Los trabajos deben venir escritos en dactilógrafo y firmados con pseudónimo. Adjuntamente, debe enviarse una tarjeta, en sobre separado, en donde se exprese el nombre del autor, lugar de residencia, etc.
El sobre que sirva de cubierta general debe venir dirigido a los señores Directores de la revista AMÉRICA.
- VI.—El Concurso quedará cerrado el 15 de Marzo de 1927.
- VII.—El Jurado Calificador, que se nombrará en su oportunidad, dictaminará acerca del mérito de los trabajos presentados, en los primeros días de Abril del mismo año.
- VIII.—Las composiciones no premiadas que recomendará el Jurado, podrán publicarse, a su debido turno, en AMÉRICA.
- IX.—Los Redactores de AMÉRICA, de acuerdo con el Supremo Gobierno y la Colonia Ambateña, que gentilmente ofrecen los premios para el Concurso, verán la manera de realizar la premiación con la mayor solemnidad.

Quito, Diciembre de 1926

Rogamos a los editores de diarios o revistas la inserción de las bases de este Concurso

FABRICAS DE TEJIDOS DE JACINTO JIJON Y CAAMAÑO

ARTICULOS DE ALGODON :

Casinetes — Camisetas — Calzoncillos — Calcetines —
Cotín — Chamelote — Driles — Franelas — Hilos — Lien-
zos — Lonas — Limpiones — Manteles — Medias — Pa-
ñolones — Satines — Servilletas — Sobrecamas — Tela
afelpada — Tela de guardas para pisos y macanas — Tela
para sábanas, manteles y cortinas — Toallas y otros
artículos más.

TEJIDOS DE LANA :

Bayetas — Casimires gran surtido — Cobijas — Fra-
nelas — Gualdrapas — Jerga — Ponchos con y sin fleco.
— Pañolones enteros y de media hoja — Mantas de viaje,
etc. etc.

BOTONES DE TAGUA :

PRECIOS sin competencia — Calidad Superior. —
Tinturas firmes.

DEPOSITO :

ALMACÉN, CARRERA SUCRE N° 9.

AGENCIAS :

EN Latacunga, Ambato, Riobamba, Alausí, Cuenca,
Guayaquil y Manta.